ANTONIO PASO y JOAQUÍN ABATI

Los viajes de Gulliver

ZARZUELA CÓMICA EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN DIEZ CUADROS

MÚSICA DE LOS MAESTROS

GERÓNIMO GIMÉNEZ y AMADEO VIVES

300

Copyright, by A. Paso y J. Abati, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

14

LOS VIAJES DE GULLIVER

ANTONIO PASO
Valverde, 8, pral.
MADRID

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ní representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LOS VIAJES DE GULLIVER

ZARZUELA CÓMICA

en tres actos, divididos en diez cuadros

INSPIRADA EN LA POPULAR NOVELA DEL MISMO TÍTULO, Y ORIGINAL

LA COMPOSICIÓN ESCÉNICA DE

ANTONIO PASO y JOAQUÍN ABATI

música de los maestros

GERÓNIMO GIMÉNEZ y AMADEO VIVES

Estrenada en el TEATRO CÓMICO la noche del 21 de Febrero de 1911

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

A José de la Loma

con la admiración y el afecto de

Antonio Paso.

Joaquín Abati.

672946

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SECUNDINO	SRTA. PRADO.
MILAGROS	ROMÁN.
DARÍA	SRA. CASTELLANOS.
AGAR	FRANCO.
CURVA 1.ª	
SACERDOTISA 1.ª	
ARGELINA	SRTA. SAAVEDRA.
CURVA 2.ª	
IDEM 3.ª	AGUILA (M.)
SACERDOTISA 2.ª	
REBECA	SRA. MARTÍN.
UNA MATEMÁTICA	
ROSAFLOR, Reina de las Amazonas	
GENERALA	SRTA. ANCHORENA.
CAPITANA DE AMAZONAS	AGUILA (J.)
MORA	GIRÓN.
MATEMÁTICA 1.ª	
ODALÍA	BORDA.
MATEMÁTICA 2.ª	
IDEM 3.ª	REY.
IDEM 4.ª	VELA.
CURVA 4.ª	SRA. BARANDIARÁN.
UN RESIDUO	NIÑA GACERLÁN.
EL SEÑOR DALMACIO	SR. CHICOTE.
EL CAPITÁN BOCANEGRA	RIPOLL.
EL REY COCIENTE I	SOLER.
CORRALES	CASTRO.
MELÉNDEZ	PONZANO.
SAMILKAR	
COROLARIO	ALONSO.
NANÁ SIRKAR	
SUÁREZ	DELGADO.
TITÍ (Niño gigante)	MORALES.
MATEMÁTICO 1.º	PEINADOR.
MARINERO 1.º	
MATEMÁTICO 2.º	GONZÁLEZ.
ESCLAVO	ORTÍZ.
MATEMÁTICO 3.º	MIRANDA.

VENDEDOR ARGELINO	Sr.	Bermúdez.
MARINERO 2.º		Margalejo.
CAMARERO 1.º		Fernández.
IDEM 2.º		Díez.

Marineros, oficiales ingleses y franceses, público, geómetras, príncipes y princesas, guardías numéricos, amazonas, liliputienses, indios, fakires, etc.

TITULO DE LOS CUADROS

Acto primero.

Cuadro 1.º—En el mundo hay más.
Cuadro 2.º—Por correo interior.
Cuadro 3.º—Las diez mil pesetas.
Cuadro 4.º—La vía de agua.

Acto segundo.

Cuadro 5.º—La isla de los Geómetras.
Cuadro 6.º—El campamento de las amazonas.
Cuadro 7.º—El suplicio del reloj.

Acto tercero.

Cuadro 8.º—Los liliputienses.
Cuadro 9.º—Los gigantes.
Cuadro 10.º—Las 10.000 del ala.

Diez decoraciones nuevas de **Martínez Garí**.
Vestuario de la **Casa Vila**.
Atrezzo de **Ribalta**.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una librería de viejo en planta baja. Puerta de cristales al foro. Una puerta practicable en primer término de cada lateral; armarios y estantes pintados y llenos de libros; montones en el suelo, en las sillas, etc. Un mostrador pequeño delante de la lateral derecha y sobre él libros y una esfera terrestre y colgados en las paredes varios mapas. Es de día.

Al levantarse el telón, el señor Dalmacio, de unos cincuenta años, aparece en el extremo de la derecha en actitud de tirarle un libro á la señá Daría, su mujer, que debe representar unos cuarenta años y estar conservada lo mejor posible, frescachona y guapota. Meléndez, guardia de Seguridad, sujeta al señor Dalmacio, y Suárez, guardia también, sujeta á la señá Daría, que está en el extremo izquierda, en la misma actitud que su marido.

ESCENA PRIMERA

SEÑOR DALMACIO, SEÑÁ DARÍA, MELÉNDEZ y SUÁREZ

Meléndez. (Sujetándole el brazo.) Señor Dalmacio, no... Repare usted que estamos á flor de la calle como quien dice y...

Señá Daría. (A Suárez que la sujeta.) Suélteme usté, Suárez.

Suárez. Calma, señá Daría.

Señá Daría. (A su marido.) ¡Viejo verde!

Señor Dalmacio. ¿Yo verde? Meléndez, no me quites la acción.

Señá Daría. Indecente, sucio..

Suárez. ¡Ea, esto se ha acabao! O refrenan ustedes la actitud belicosa ó sin miramientos á la amistad los llevamos detenidos.

Señá Daría. Y todo por culpa de ese sicalíptico.

Señor Dalmacio. ¡Por mi culpa!

Suárez. Bueno, pero, ¿á qué se debe esta *diferiencia* tumultuoso-conyugal?

Señá Daría. (Sollozando.) ¡Ay, Suárez de mi vida, que esto se va!... ¡Que entre el tío y el sobrino se han propuesto acabar con la tienda y Dios me dé resignación porque toda la paciencia que tenía está agotada! Aquí no hay más que libros de viajes, que es la manía del sobrino y *albunes* pornográficos, que es la del tío. Miren ustedes qué compra ha hecho esta mañana. (Dándoles un album.)

Señor Dalmacio. Sí, hombre, sí, mirarlo... y á ver si es para ponerse así...

Suárez. (Abre el libro y lee un título.) «El desnudo á través de las edades».

Señor Dalmacio. ¿Es para ponerse así?

Meléndez. (Mirando.) Es para ponerse malo.

Suárez. (Leyendo otro título.) «Friné ante los jueces». (Entusiasmado.) ¡Chico, qué carrerita la de magistrao!

Meléndez. (Leyendo.) «Odalisca saliendo del baño».

Señá Daría. (Indignada.) ¿Qué les parece á ustedes?

Señor Dalmacio. Fijarse en que no ha salido del todo.

Meléndez. Sería cosa de esperarse...

Suárez. (Leyendo.) «Venus Afrodita, Venus de Milo».

Señor Dalmacio. ¡Arte, señor, arte! «El desnudo á través de las edades».

Señá Daría. Sí, pero esto trae por consecuencia que anteanoche lo pillé en la puerta del cuarto de la criada mirando por el ojo de la llave.

Señor Dalmacio. El desnudo á través de la cerradura.

Señá Daría. Bueno, pues esto es lo que se va á acabar, porque si tú crees que vamos á tirar á la calle veinte años de crédito y un negocio tan saneao como este, estás muy equivocao y á tu sobrino le quemo todos los libros de viajes y le doy al trapero los mapas y las es-

feras y desde mañana soy yo la que compra y vende libros.

Señor Dalmacio. Daría, recapacita.

Señá Daría. No tengo na que recapacitar. Desde el lunes, Meléndez de mi vida, que ajustamos toda la biblioteca de un senador que se va á Buenos Aires contratao para hablar en eso del intercambio, y esta es la hora en que se sacó el dinero del Monte y todavía no se ha ido por ella.

Señor Dalmacio. Pero si quedó Secundino en hacerlo.

Señá Daría. ¡Secundino! Bastante tiene con la chifladura de sus viajes y si le queda algún tiempo lo pierde con Milagros; por supuesto que esa es otra de las cosas que pienso acabar, pero que de raíz A mi sobrina la mando al pueblo con su padrastro.

Señor Dalmacio. ¿También te vas á meter en que los chicos se quieran?

Señá Daría. Y tanto; valiente porvenir la esperaría á la pobre con ese loco. Conque ya lo sabes, compra todas las porquerías que quieras, porque desde mañana no hay más ama en la tienda que yo. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA II

DICHOS, menos DARÍA

Señor Dalmacio. ¿Estáis viendo qué carácter?

Meléndez. En el fondo no deja de llevar razón; ahora que tocante al chico creo que está equivocada.

Suárez. El chico es un pozo de sabiduría.

Señor Dalmacio. Será un pozo, pero en el fondo, como dice este, tampoco tiene razón; eso de Julio Verne y del Capitán Mayne Reid es muy bonito para leído, pero en la práctica, creerme á mí, en la práctica esto. (Se coloca en medio y saca un libro del bolsillo interior de la americana.)

Meléndez. ¿Y qué es eso?

Señor Dalmacio. Otro libro que he comprado y que si lo huele la señá Daria nos tenéis que llevar á la prevención. Fijarse en el título: «La mujer, su utilidad y sus diversas aplicaciones».

Meléndez. ¡Reconchol

Señor Dalmacio. ¿Lo estáis viendo? ¿Veis como tóo lo que no sea la mujer, ora á través de las edades, ora en el momento actual ú ora en lo sucesivo es como si montáseis en monoplano?

Meléndez. Lo que no me explico es cómo teniendo una mujer tan fresca y tan guapetona como la señá Daría es usted tan dado á las demás.

Señor Dalmacio ¡La sangre! A mí me vestís una escoba con un satén de siete pesetas corte, le ponéis unas medias negro inalterable y una blusa japonesa que es lo último y hasta que la vea el palo no me contento. ¡La sangre!

Meléndez. ¡Qué espíritu más pizpireto el del señor Dalmacio!

Suárez. Es que alegra la vida.

ESCENA III

DICHOS, CORRALES, por la puerta del foro, viste un gabancillo claro bastante estropeado, sombrero en mal estado, etc. El tipo clásico del cesante

Corrales. (Desde la puerta en tono jovial) ¿Es hora de visitar la Biblioteca Nacional?

Señor Dalmacio. Caramba, Corrales; pasa, hombre, pasa. ¿Qué, tienes algo? (1)

Corrales. (Hombre, que están ahí esos.)

Señor Dalmacio. ¡Ah! ¿pero es por eso? No te preocupes; si éstos y yo es como si dijéramos yo solo. Pués hablar con toa confianza.

Corrales. Siendo así...

Señor Dalmacio. ¿Qué, has recibido algo?

Corrales. Poco; ahora, que ello es poco, pero bueno.

Señor Dalmacio. ¿Picadura ó puros?

Corrales. (Sacando una caja de tabaco.) Gener. Aspira el aroma.

Señor Dalmacio. (Oliendo.) ¡Gloria divina! (A los Guardias.) Fijarse en el bouquet. (Pasa delante de Corrales.)

---

(1) Dalmacio—Corrales—Meléndez y Suárez.

Meléndez. (Oliendo.) Sí que es rico.

Señor Dalmacio. Hacerse un cigarro.

Corrales. Ahí va papel de fumar.

Suárez. Se agradece, porque los cigarrillos que venden en los estancos son una porquería.

Meléndez. Un poco de tabaco y el resto pelos y palos.

Corrales. ¿Y tu sobrino, por dónde anda?

Señor Dalmacio. Que sé yo; pué que esté en su cuarto como siempre Ahora está muy atareao con los viajes de Gulliver; ha comprao ejemplares de toas las ediciones, sueña con los liliputienses y los gigantes..

Corrales. ¡Quién sabe! Pué que el chico esté en lo cierto... A veces... Acuérdate de Cristóbal Colón.

Señor Dalmacio. Corrales, no desvaríes; de don Cristóbal á Secundino hay una distancia que te recomiendo el kilométrico.

Meléndez. (Dándole la libra.) Ahí va; y tenga usted ojo con la policía que esto está muy perseguido.

Señor Dalmacio. Ya sabeis que en esta casa se trata bien á la policía.

(Tiran un libro por la lateral izquierda que le da á Suárez en la espalda.)

Suárez. ¡Cuerno!

(Tiran otro que da á Meléndez.)

Meléndez. ¡Recontra, que tiran á dar!

Señor Dalmacio. ¿Pero qué es esto?

ESCENA IV

DICHOS, SECUNDINO con cuatro ó cinco libros que va tirando violentamente contra el suelo. MILAGROS detrás recogiendo los que él tira y poniéndolos en un rincón (1)

Secundino. (Tirando libros.) Estas ediciones son una porquería. A ésta le falta el país de los caballos; (Lo tira.) á ésta el país de los geómetras; (Lo tira.) á ésta el país de los gigantes. (Lo tira.)

---

(1) Meléndez—Suárez—Corrales—Señor Dalmacio -Secundino y Milagros.

Señor Dalmacio. Pero oye, oye... ¿en qué país vivimos? ¿Tú crees que yo compro los libros para que juegues al *folbol* con ellos?

Secundino. Pero si es que éstos no son libros; para una edición que encuentre usted medio decente, lo demás no vale la pena.

Señor Dalmacio. Pero vale el dinero.

Corrales. Serénate, hombre, y saluda.

Secundino. (Pasando entre Corrales y Dalmacio) ¡Corrales! Usted perdone, pero es que he estao toda la mañana leyendo los viajes del capitán Cook y los comparaba con los del ilustre explorador Sebastián de la Encina; Cook afirma, La Encina niega y entre el Cook y la Encina se me ha levantao un dolor de cabeza... que no veo.

Milagros. No, y tú acabarás en loco.

Señor Dalmacio. O en tonto que es peor.

Secundino. No diga usted disparates, tío.

Señor Dalmacio. ¿Disparates yo?

Secundino. Sí señor, disparates. Ustedes no pueden comprenderme. Me lo predijo una gitana... «tú serás un gran explorador, tú verás seres que nadie ha visto, tú pondrás el pie donde nadie lo ha puesto.»

Señor Dalmacio. Bueno, pues á ver si te pongo el pie donde te lo he puesto otras veces. ¡Miá que tú explorador

Secundino. Sí señor, yo explorador... las Academias premiarán mis estudios... el mundo entero admirará mi nombre.

Señor Dalmacio. Y apellido... pero que estás *alienao grave.*

Milagros. ¿Quién sabe, tío?... Es que nosotros como no entendemos...

Secundino. Ustedes no pueden saborear el placer de lo desconocido. Allá en el Asia hay lugares en que las mujeres se cuelgan de la nariz el anillo de boda... y no llevan más ropa que el anillo de boda.

Meléndez. ¿Y hacia dónde cae eso?

Secundino. (Entusiasmado.) A los diez de latitud. ¡La región de los kurdos no conocidos hasta el día! ¡las tierras de Agar! ¡toda la parte holandesa de Nueva Guinea!

Señor Dalmacio. ¿Y todo eso piensas descubrirlo tú?

Secundino. Eso y más, querido tío.

Suárez. ¿Pero tú estás seguro de que esas tierras existen?

Milagros. ¿No será un sueño de tu fantasía?

Secundino. ¿De mi fantasía? Oid.

(Toma el globo terráqueo de encima del mostrador y explica según canta.)

Música núm. 1

Por mis vigilias
y mis estudios
tengo arraigada
la convicción
que hay otros mundos
desconocidos,
que hay otra tierra
de promisión.

Todos. Tendrá razón,
tendrá razón.

Secundino. Ved este globo,
toda esta parte
desconocida
la he de explorar;
éstas son islas
no descubiertas,
esto es el Polo
y esta es la mar.

Todos. La mar, la mar.

—

Secundino. Tienen las tierras que yo persigo
exuberante vegetación,
y sus costumbres que son sus leyes
son un modelo de perfección;
si muere un hombre que está casado,
al enterrarle le atan los pies,
y á la viuda la dan cien palos
el día primero de cada mes.

Dalmacio.
Meléndez. ¡Qué cosas nos cuenta!
Suárez.

Corrales. Yo estoy alelao.

Milagros. ¿Y dónde está eso?

Secundino. Eso está aquí al lao.

—

Viven las gentes miles de años
y para ello tienen razón,
pues no conocen la neurastenia,
ni la caquexia, ni el sarampión;
allí no saben lo que es un fraile
y son sencillos en el vestir,
pues las señoras se tapan solo
lo más urgente para salir.

Dalmacio.
Meléndez. } ¡Qué cosas nos cuenta!
Suárez.

Corrales. Yo estoy alelao.
Milagros. ¿Y dónde está eso?
Secundino. Eso está aquí al lao.

Hablado

Señor Dalmacio. Bueno, pues tóo eso te lo va á acabar la señá Daría mañana mismo.

Secundino. ¿Qué dice usted?

Señor Dalmacio. Que globos, mapas, libros, incluso tus proyectos, van á parar al trapero, si Dios no lo remedia.

Secundino. Pero eso es una atrocidad que usted no debe consentir.

Señor Dalmacio. Mira; á mí una de las cosas que más me molestan es el tranvía, y no estoy yo por ir á Leganés á verte dos veces á la semana.

Secundino. ¡Ah! ¿pero usted cree que lo que yo digo es una locura?

Señor Dalmacio. De las incurables.

Secundino. ¿Usted cree que no existen los países de Gulliver?

Señor Dalmacio. En fotograbado, sí.

Secundino. Pues yo tengo la seguridad de que existen, de que hay liliputienses, de que hay gigantes.

Meléndez. A mí la seguridad del chico me hace dudar.

Milagros. Y á mí.

Señor Dalmacio. Y á mí me da sed, conque andar, venirse á casa de Ramón, nos beberemos una del Aguila. ¿Vienes, Corrales?

Corrales. Ahora voy, que tengo que darle unos encargos á la señá Daría.

Señor Dalmacio. Libando te esperamos. (A Secundino.) ¡Ah! prepárate que vas á ir con los carros por la biblioteca del otro día. ¿Vamos, Suárez?

Suárez. Vamos. (Mutis los tres foro.)

ESCENA V

SECUNDINO, MILAGROS y CORRALES

Secundino. (Nervioso.) Ca, que no, que yo no aguanto más; que yo no puedo vivir entre esta gente ignorante.

Milagros. ¡Por Dios, Secundino, que vas á caer malo!

Corrales. ¡Calma, hombre, calma!

Secundino. ¿Pero usté ha visto el pitorreo de mi tío y luego la amenaza de la señá Daría de dar mis mapas y mis libros al trapero?

Corrales. ¡Calma, que ya está todo arreglado!

Secundino. (Con ansiedad.) ¿Cómo?... ¿qué?...

Corrales. (Por Milagros) (Que hay ropa tendida.)

Secundino. Oye, Milagros, haz el favor de ir arreglando la ropa.. como voy á ir á eso del tío y se trata de un senador .. pues...

Milagros. Es que yo quería decirte también...

Secundino. Sí, pero luego.

Milagros. Es que me quieren mandar al pueblo.

Secundino. Luego, luego hablaremos.

Milagros. Casarme con el boticario.

Secundino. Mujer, que tengo prisa.

Milagros. Te advierto que hago una barbaridad.

Secundino. Ya lo pensaremos; anda, vete.

Milagros. (Haciendo mutis primera izquierda.) Arrancarme de su lado; eso nunca.

ESCENA VI

SECUNDINO y CORRALES

Secundino. (Impaciente.) Hable usted. ¿Le han contestado?

Corrales. Ya te dije que el Capitán Bocanegra y yo uña y carne. El hace lo suyo, yo le doy salida á la mercancía entre mis amigos...

Secundino. Bueno, ¿pero qué le dice á usted?

Corrales. (Sacando una carta.) Carta suya de Argel. Entérate y á ver qué prueba de efusión me das. (Se la entrega.)

Secundino. (Leyendo.) «Querido Corrales: Del asunto que me propones no tengo inconveniente en llevar á ese sujeto, pero menos de cinco mil pesetas no me es posible. La marinería está cada día más cara y esa ruta está fuera de mi comercio. Yo estaré aquí atracado hasta el sábado, de modo que si le conviene podeis salir el lunes para Valencia y el jueves ó viernes estar aquí. De lo contrario zarparé á mi negocio. Tuyo, *Quintín Bocanegra.*» (Pausa.)

Corrales. Ahora tú dirás qué le contesto.

Secundino. ¡¡Cinco mil pesetas!!

Corrales. Y mi comisión y viajes... total ponle seis mil.

Secundino. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡qué tentación! Después de todo, si llego á las tierras de Gulliver, parte de mi gloria será de mis tíos, pero y si...

Corrales. Conque, ¿si ó no? Ocasión como esta no la volverás á tener en tu vida.

Secundino. Y luego si se me llevan á la Milagros... ¡Ea, que no! ¡Estoy decidido!

Corrales. ¿Tú cuentas con ése dinero?

Secundino. No se preocupe usté que lo tendré.

Corrales. Pues no hay más que hablar. A las seis y quince te espero en la estación del Mediodía; el exprés sale á los cuarenta y cinco.

Secundino. A las seis y quince me tiene usted allí y si algún día regreso lleno de gloria me acordaré de este acto.

Corrales. Conque no te olvides de la comisión, ¿sabes?.. (Mutis foro.)

Secundino. Hasta luego. (Baja del foro, coge un libro grande de encima del mostrador, lo abre, se sienta y lee entusiasmado, mientras va cayendo el telón.) «Cuando se despertó el sol »brillaba; Gulliver trató de levantarse pero no pudo. »Una multitud de hombrecillos de quince centímetros »de altura subían por sus piernas y se paseaban sobre »su cuerpo...»

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

(Ataca la orquesta el núm. 1 bis. Apenas cae el telón de boca vuelve á levantarse y en un telón blanco aparecen escritas las siguientes cartas, divididas por una raya en el centro.)

Sr. D. Dalmacio Higueruela.

Querido tío: Parto con Milagros.

Voy en busca de esas tierras que usted dice que no existen.

No busque usted las diez mil pesetas que tenía en el cajón de la cómoda porque esas sí que no existen.

Voy á ver si me gano la gloria, y no me despido de usted personalmente porque sé que me la gano.

Si triunfo siempre será suyo el mérito; si no triunfo siempre será suyo afmo. s. s., *Secundino Higueruela.*

—

Sra. D.ª Daría Pochambre de Higueruela.

Querida tía: Parto con Secundino que me ha prometido casarse cuando tenga tiempo.

Va en busca de tierras vírgenes y aunque sea una locura quiero ayudarle en su empeño.

No busque usted el mantón de Manila que me lo llevo porque puede hacernos falta para el empeño.

Si consigue su propósito participaré de la gloria que alcance; si corre peligros participaré de los peligros, y si nos casamos participaré á usted nuestro efectuado enlace.—*Milagros Pochambre.*

MUTACION

CUADRO TERCERO

Un gran jardín de «Musi-Hall» en Argel. El centro del escenario forma un cuadrante cuyos lados cierra una cuerda de seda sujeta á cuatro tangones artísticos. A los lados veladores y sillas, etc. Mucha luz. Al levantarse el telón aparecen sentados á la izquierda, oficiales franceses, ingleses, moros, etc., etc., que beben y ríen; á la derecha también público y en un velador en primer término el CAPITÁN BOCANEGRA y CORRALES. El Capitán tendrá barba cerrada, cejas muy pobladas, color moreno, una cicatríz en la frente; en general el actor ha de componer un tipo que asuste verlo. Por la cintura dejará asomar el puño de un gran cuchillo y la culata de un revólver. Fuma en una larga pipa turca. En el fondo del cuadrante aparecerán sentadas en cojines cuatro moras, una á cada esquina; por entre los veladores anda un VENDEDOR ARGELINO vendiendo collares, pulseras, etc. A su tiempo, durante el número, salen una MORA, más elegante que las otras y una ARGELINA que bailan y cantan respectivamente el número. Corrales y Bocanegra no prestan atención al espectáculo y hablan en voz baja.

ESCENA PRIMERA

Los personajes dichos en la acotación anterior y CAMAREROS 1.° y 2.°

Música núm. 2

Vendedor. ¡Quién me compra kif!
¡Quién me compra un fez!

(Salen la Mora y la Argelina foro centro y al llegar al cuadrante las aplauden.)

Argelina. Sal á bailar, agarena,
la de los senos redondos,
la de la carne morena.

Coro. ¡Agarena! ¡Agarena!

(Comienza el baile.)

Argelina. Doy la seda de mi pelo
al que me de una gumía.
¡Ay!

Coro. ¡Ay!

Argelina. Para matar al ladrón
que dijo que me quería.
¡Ah!
Coro. ¡Ah!
Argelina. Pobrecita morita,
que se nos muere
por los ojazos negros
de un berebere
de un berebere-bere
que la engañó
y el vera-verano pasado
la abandonó
Coro. Pobrecita morenita, etc.
Argelina y Coro. ¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay
ay, ay, ay, ay, ay, ay,
y el verano pasado
la abandonó!

(Al terminar el número aplauden y con un bis en la orquesta hacen mutis la Argelina y las cinco Moras, foro centro.)

Hablado

Capitán. (A Corrales.) Te digo que ha sido un contratiempo que se traiga á la chica.

Corrales. ¿Y qué quieres? para el amor no hay obstáculos: últimamente, ¿á ti que te importa que corran la misma suerte? Lo importante es que trae el dinero.

Capitán. Es que sentiría que se me escapase el negocio; estoy con el agua al cuello y si alguien se mezclase en este asunto para impedírmelo, te juro que lo pasaría mal.

Corrales. No tengas cuidado. Tú, garsón, (Llamando al Camarero.) tráete otros dos ajenjos. Además... (Hablan en voz baja.)

ESCENA II

DICHOS y DALMACIO por el fondo izquierda; lleva puesto un gabancillo de entretiempo y cubre su cabeza con un gorro turco; sale muy preocupado leyendo una carta

Señor Dalmacio. «Voy á ver si me gano la gloria y no me despido de uste personalmente porque sé que me la gano.» No, como listo es listo el granuja, lo que siento

es el viaje que me ha obligado á hacer y menos mal que al salir de la fonda he tropezado con esto. (Saca una cartera.) Piel de foca, nueve mil y pico de pesetas dentro y un rizo de pelo de adulta.

Corrales. (Estrepitosamente.) ¡Ja, ja, ja!

Señor Dalmacio. (Mirando.) ¡Calla, parece Corrales! ¡Pero que es Corrales! (Llamando alto.) ¡Corrales!

Corrales. (Mirando.) ¡Eh! ¡El tío! (Habla con el Capitán.)

Señor Dalmacio. No debe haberme conocido y es que este gorro me da cierto carácter berebere... Voy á saludarle. (Mira á todos lados y no sabiendo por donde pasar, salta la cuerda y penetra en el cuadrante. Al estar en el centro le dan una ovación. El se quita el gorro y saluda.) *Merci bocú.*

Capitán. (Dando un puñetazo.) ¡Maldita sea!

Corrales. Calla y déjame á mí trastearlo.

Señor Dalmacio. ¡Corrales! (Se abrazan.)

Corrales. ¡Dalmacio! ¿tú en Argel? (1)

Señor Dalmacio. Vengo á ver si meto en la cárcel á un granuja y me llevo á Madrid á dos sinvergüenzas.

Corrales. ¿Pero qué te ha ocurrido?

Señor Dalmacio. Que se me ha escapao mi sobrino con la Milagros y con diez mil pesetas que estaban en la cómoda. Quiere descubrir las tierras de Gulliver; ya conoces la manía de Secundino. (El Capitán tose y mira hostilmente á Dalmacio.)

Corrales. ¿De modo que tú sabes que los chicos están aquí?

Señor Dalmacio. Una familiaridad de Secundino con Tanasio, el chico de la taberna, me ha dao el rastro. Figúrate que Secundino le tenía dicho que si un tal capitán Bocanegra le contestaba favorablemente, que embarcaría aquí y yo he pensao que mucha culpa tiene el chico, pero mira que el granuja del Capitán... (Este tose y se revuelve.) porque á mí no me la da; esto es un timo; y lo que yo quisiera era conocer á ese sinvergüenza *pa* ponerle la mano en la cara y decirle dos cosas bien dichas.

Corrales. ¿De manera que tú quieres conocer al capitán Bocanegra?

Señor Dalmacio. Tendré una satisfacción.

Corrales. El señor es. Más pronto... (Dalmacio se fija en Bocanegra que le clava los ojos y le mira fijamente.)

---

(1) Capitán—Corrales—Dalmacio.

Señor Dalmacio. ¿El se... el se... el señor es Bo... Bo... Bocanegra?

Capitán. (Con fiereza.) Sí, yo.

Señor Dalmacio. (¡Recorcho que tío *pa* un melodrama!)

Capitán. Yo soy ese sinvergüenza y ese timador.

Señor Dalmacio. (Tendiéndole la mano muy amigablemente.) Pues usté no sabe la satisfacción que tengo de conocerle. (No me la coge.) Reconózcame usté como un amigo. Dalmacio Higueruela, Horno de la Mata, 41. (A Corrales.) (Ya podías haberme *avisao.*)

Capitán. (Dando un puñetazo en el velador.) Otro ajenjo.

Señor Dalmacio. Sí, otros ajenjos... (Se sientan en el orden que estaban.) Pues sí, es lo que decía; aquí el granuja es el chico, que va á arrastrar á una persona tan simpática como el Capitán á una locura. Porque usté estará conforme conmigo en que esas tierras de Gulliver no existen. (El Capitán en vez de contestarle da una chupada á la pipa y le echa el humo en la cara.) Eso mismo le he dicho yo muchas veces; tóo eso es humo que te se ha metío en la cabeza, pero él firme en su manía.

Corrales. Bueno, aquí la solución la tengo yo que ni dibujá.

Señor Dalmacio. Explícate.

Corrales. Este te embarca á ti sin que te vea tu sobrino; tu sobrino se embarca previo el pago convenido, creyendo que va á donde sea; éste cambia de rumbo y pone velas á España, y al llegar á Valencia surges de la nada. Epílogo: coges al Magallanes en agraz, le coges las narices como para que se las descubran y de ahí en adelante todas las recriminaciones y golpes que más te sean de tu agrado. ¿He dicho algo?

Señor Dalmacio. Bueno, ¿pero qué hay que darle aquí á nuestro amigo?

Corrales. Hombre, yo creo que con una ligera indemnización.

Señor Dalmacio. Pues yo por mi parte... pero aquí Bocanegra no dice esta boca es mía.

Capitán. Yo no digo más que lo siguiente: al que me tire por la borda el negocio le parto el corazón, y lo que yo digo lo cumplo.

Señor Dalmacio. Así me gustan á mí los hombres. (Le tiende la mano y el Capitán se la estrecha.) ¡Gracias á Dios que me la coge!

Corrales. Pues entonces, no te preocupes; el pájaro irá á buscar el nido; lo demás es cuenta de éste, y si tan y mientras quieres dar un rato de bullanga á tu carácter mujeriego, nosotros nos encargaremos de ello y ya verás, la gloria te va á parecer difusa.

Señor Dalmacio. (Alegrándose.) ¿Pero vosotros conocéis elemento femenino *adoque* así para?...

Corrales. No te preocupes; éste va en un momento á ver á una mujer y yo voy á un encargo, pero dentro de diez minutos estamos aquí.

Señor Dalmacio. No tardéis, ¿eh?

Corrales. No te preocupes y distráete. (Suena un timbre.) Mira, ahora va á empezar otro número. En seguida volvemos. (Vanse primera derecha.)

Señor Dalmacio. ¡Soy el tío de la suerte! Voy á coger á los prófugos, voy á recuperar mi dinero y voy á pasar una nochecita superior. (Salen por el fondo Agar, Odalia y Rebeca para llegar al cuadrante cuando Dalmacio acaba el monólogo.) Sí; porque del dinero este que me he encontrao saco lo que haya que darle al Capitán, y al resto le doy ocupación en una orgía greco-romana-muslina, que me voy á reir de Nerón; después de tóo, tiro con pólvora ajena.

ESCENA III

SEÑOR DALMACIO, AGAR, REBECA y ODALIA, visten de circasianas. Al llegar al cuadrante las aplaude el público. Cada una saca una lira. Después CORRALES y el CAPITÁN

Música núm. 3

Agar. Campanita de oro
gasta el sultán.
Odalia. Tín. (Tocando la lira.)
Rebeca. Tín.
Agar Tán.
Odalia. Tín.
Rebeca. Tín.
Agar. Tán.
Y al llamar á la dueña
de su pasión,
en palacio se escucha
con loco afán.

Odalia. Tín. (Idem.)
Agar. Tín.
Rebeca. Tán.
Odalia. Tín.
Rebeca. Tín.
Agar. Tán.
Suena, campanita,
que tu voz vibrante
pide que le lleven
al sultán su amante.
Odalia.
Rebeca. } (Repiten.)
Agar. Suena, campanita,
suena sin temor,
que el sultán se encuentra
loquito de amor.
Odalia.
Rebeca. } (Repiten.)
Agar. Campanita de plata
gasta el sultán.
Odalia. Tín. (Idem.)
Rebeca. Tín.
Agar. Tán.
Odalia. Tín.
Rebeca. Tín.
Agar. Tán.
Si se encuentra cansado
de su pasión,
en Palacio se escucha
con loco afán.
Odalia. Tín. (Idem.)
Agar. Tín.
Rebeca. Tán.
Odalia. Tín.
Agar. Tín.
Rebeca. Tán.
Agar. Suena, campanita;
suena noche y día;
dile á todo el mundo
que el sultán se hastía.
Odalia.
Rebeca. } (Repiten.)
Agar. Suena, campanita,
suena sin temor,

que el sultán no quiere
más besos de amor.

Odalia.
Rebeca. } (Repiten.)

Agar. Campanita de oro
gasta el sultán.

Las tres. Tín, tín, tán.
Tín, tín, tán.

(Al acabar el número aplaude todo el mundo. Odalia y Rebeca van á la izquierda segundo término á sentarse con los parroquianos. Agar se queda en primer término fuera del cuadrante, pero en la esquina, mirando muy atenta á Dalmacio.)

Hablado

Señor Dalmacio. ¡Recorcho, qué socia *pa* el descanso dominical!

Corrales. (Saliendo primera derecha.) Ya estoy de vuelta.

Señor Dalmacio. (Sin quitar la vista de Agar.) ¡Ay, Corrales de mi alma!

Corrales. ¿Qué te pasa?

Señor Dalmacio. Corrales, que esto no es *pa* un librero de viejo como yo; que esto es *pa* una casa editorial de lujo.

Corrales. ¿Pero á qué te refieres?

Señor Dalmacio. A ese caramelo de los Alpes con pestañas que nos está mirando.

Corrales. ¡Ah! es una del trío judaico.

Señor Dalmacio. Y fíjate cómo se insinúa; *pa* mí que busca un rato de soliloquio.

Corrales. Pues dile algo, so primo.

Señor Dalmacio. Tú crees que sí... (Le habla al oído.)

Corrales. Sube; (Dalmacio le vuelve á hablar.) baja. (Idem ídem.) Por ahí vas bien.

Señor Dalmacio. Pues hecho.

Corrales. Oye, tú, que puede que tenga algún socio y...

Señor Dalmacio. Hecho, hombre; no me conoces á mí. Te digo que hecho, y hecho.

Corrales. ¿Pero y si nos pilla?

Señor Dalmacio. Hecho... á correr. El caso es que ella se presta. Ahora verás. (Se acerca á ella.) ¿Me permites que te obsequie, so samaritana?

Agar. Gracias, español.

Señor Dalmacio. ¡Chico, qué voz! ¡Qué cosa más suave! ¡Yo me escurro! Escucha, monada egipcia, ¿por qué no te sientas aquí con nosotros y comes ó libas de lo más selecto que haya?

Agar. Porque no puedo.

Señor Dalmacio. ¿Es que no te soy simpático?

Agar. Al contrario, español; tus ojos tienen ese poder misterioso de las profundidades; por eso no quiero asomarme á ellos.

Señor Dalmacio. Igual le pasó á Daría; no hizo más que asomarse y cayó. Oye, leyenda pagana, ¿y si me pusiese gafas?

Agar. No, no puedo; el amor me esclaviza; no soy libre.

Corrales. (A Dalmacio.) ¿No te lo dije?

Señor Dalmacio. ¿De modo que hay un ser que tiene el monopolio de tus encantos?

Agar. Los tiene y apenas hace caso de ellos. (El Capitán asoma por el foro y va acercándose sin ser visto de ellos.)

Señor Dalmacio. ¡Valiente primo!

Agar. Ni pasa su mano por mis cabellos, ni busca el misterio de mis curvas, ni bebe la vida que le ofrecen mis labios.

Señor Dalmacio. Pues conmigo no tendrías ni una queja. Te tomaría el pelo, me detendría en las curvas y tocante á beber la vida en tus labios cada dos minutos un chupito.

Corrales. Dalmacio, que te entusiasmas demasiado.

(El Capitán separa á Corrales, que al verle trata de sujetarle, pero Bocanegra le impone silencio con el gesto y la mirada.)

Señor Dalmacio. Di, flor de estufa, ¿por qué no dejas al sinvergüenza ese y vienes con nosotros?

Agar. Imposible; soy su esclava.

Señor Dalmacio. Hombre, me gustaría conocer á ese imbécil.

Agar. ¿Para qué?

Señor Dalmacio. Para decirle cuatro frescas y echarle de tu lao á patas.

Agar. (Viendo al Capitán.) ¡¡Oh, no!!

Señor Dalmacio. Pero lo que se dice á patás.

Agar. ¡Ah! Mírale, más á punto...

(Dalmacio vuelve la cara y ve al Capitán que clava en él sus ojos lo mismo que en la escena anterior.)

Señor Dalmacio. (Sin saber que decir.) ¿El se... se... el señor es su ama... su *amaaante?*

Capitán. Sí, yo soy el que quiere usted echar á patás.

Señor Dalmacio. ¿Quién yo? ¿Patás á usté? ¡Yo! ¡A un amigo como usté! ¿Yo patás? ¿Yo?... ¿yo?... (yo creo que esta vez no tiene arreglo).

Corrales. (Riéndose.) Tiene gracia. (Al Capitán.) Y tú te has colao.

Señor Dalmacio. (Pasando á su lado.) ¿Cómo?

Corrales. (Déjame á mí.) (Al Capitán.) (1) ¿A que al principio has creído que era en serio?

Capitán. Lo que te digo es que si no fuera por el negocio, la tercera broma no me la daba.

Corrales. Vamos, hombre, no ponerse así, porque entonces adiós rato de solaz.

Señor Dalmacio. Pero si yo quiero ser muy amigo del Capitán; lo que pasa es que como nadie me dice na y yo tengo una facilidad para las planchas que emociona, pues...

Corrales. No te preocupes y hala á sentarte.

Señor Dalmacio. Bueno, pero el Capitán...

Corrales. Este se sienta porque lo quiero yo, y ella á su lao y aquellas al nuestro... Ahora verás... (Va á llamar á Odalia y Rebeca.)

Señor Dalmacio. (Deteniéndole.) Un momento... (Al Capitán.) Usté no tiene na que ver con aquellas, ¿verdad?

Capitán. No.

Señor Dalmacio. Tráetelas.

Capitán. (A Corrales.) No te canses. Agar va por ellas. (Le habla á Agar.) Dile que se trata de un amigo mío. (Agar va por ellas.)

Corrales. (A Dalmacio.) ¿Has oído?

Señor Dalmacio. (Dando la mano al Capitán.) Olé los hombres; y esta amistad la vamos á celebrar de un modo que deje memoria. (Llamando.) Garsón.

Camarero 1.º ¿Quería el señor?...

Señor Dalmacio. Todo el champagne que quede en la casa está pagao, ¿me entiendes?

Corrales. Pero, Dalmacio, ¿te has vuelto loco?

Señor Dalmacio. Ca, hombre. Es que tiro con pólvora ajena.

---

(1) Señor Dalmacio—Corrales—Capitán—Agar.

Corrales. No te entiendo.

Señor Dalmacio. (Sacándola.) Me he encontrao esta cartera con una barbaridad de miles de pesetas.

Capitán. ¿Es posible?

Corrales. Dalmacio de mi vida, dame un abrazo.

Señor Dalmacio. Oprímeme, Corrales.

Agar. (Llegando.) Aquí las tienes.

Señor Dalmacio. Sentarse, polluelas, y tú descorcha y que empiece el festín.

Camarero 2.º ¿Van á tomar algo de comer?

Señor Dalmacio. ¿Cómo que si vamos á tomar?... Todo lo que quede en la cocina está pagao, ¿me entiendes? Aquí no come nadie más que nosotros.

(Se sientan en el velador primer término derecha.)

Corrales. Dalmacio, eres grande.

Señor Dalmacio. ¡Gigantesco!

Capitán. Brindo por el feliz término de nuestro plan.

Señor Dalmacio. ¡Olé!

Rebeca. Por el español rumboso.

Señor Dalmacio. Y que siempre que se trate de divertirse soy el primero que va delante.

Odalía. ¡Por el español gastador!

Señor Dalmacio. Gastador, pero voy delante.

Corrales. Bebamos.

Todos. Bebamos. (Beben todos.)

Señor Dalmacio. (Al mozo.) Tú sigue descorchando.

Vendedor. (Piegonando.) Kif, fez, collares, amuletos.

Señor Dalmacio. (Llamándole.) Oye, *Boadil;* obsequia á estas bellezas con las dádivas más preciadas que expendas. (Después de tóo obsequio con pólvora ajena.)

Agar.
Odalía. } ¡Oh, galante español!
Rebeca.

(Entran en el cuadrante con el Vendedor y empiezan á ponerse collares, pulseras, etc.)

Corrales. Pero que no pués negar la sangre madrileña que tienes; es que te hierve.

Señor Dalmacio. Del Horno de la Mata. Sigue descorchando.

ESCENA IV

DICHOS, SECUNDINO y MILAGROS que entran precipitadamente primera izquierda.

Secundino. (Muy rápido.) ¡Corrales! ¡Capitán!
Milagros. (Idem.) ¡Qué desgracia!
Señor Dalmacio. (Idem.) ¡Los prófugos!
Secundino. (Idem.) ¡Mi tío!
Milagros. (Idem.) ¡Nos caímos! (1)
Señor Dalmacio. ¡Una gumía! ¡que me den una gumía, que voy á decapitar á este sinvergüenza!

(Todo el mundo se levanta y miran la bronca. Corrales sujeta á Dalmacio; Secundino y Milagros muy afligidos.)

Secundino. ¡Tío, por Dios!
Corrales. ¡Serénate, Dalmacio!
Señor Dalmacio. Ya me estás entregando las diez mil del alma.
Secundino. Pero si es que...
Señor Dalmacio. ¡Pronto!
Secundino. Pero si es que las he perdido.
Corrales.
Capitán. } (A un tiempo.) ¡¡Cómo!!
Dalmacio.
Secundino. Por eso he venido á buscarles á ustedes; han debido quitármelas; nueve mil y pico de pesetas.
Señor Dalmacio. (Alarmado.) ¿Nueve mil? ¿Las tenías en una cartera?
Secundino. Sí señor; en una que compré en Madrid.
Señor Dalmacio. ¿Piel de foca?
Secundino. De foca, sí señor.
Señor Dalmacio. ¿Con un rizo femenino dentro?
Milagros. Mío, sí señor.
Señor Dalmacio. (Casi desmayado.) ¡Ay! ¡ay! ¡que es con pólvora mía con lo que estoy tirando! (Al Mozo.) Tú, no descorches; (Al Vendedor.) tú, *Boadil*, ahueca con el establecimiento, que yo no pago nada.

---

(1) Bocanegra—Corrales—Dalmacio—Secundino—Milagros. Los demás en segundo término.

Vendedor. ¡Cómo!

Agar. ¡Pero se ha vuelto loco!

Corrales. ¡Dalmacio!

Señor Dalmacio. Ahora mismo á Madrid y allí te daré yo Gulliver y viajes.

Capitán. (Furioso, dirigiéndose á Dalmacio.) Pero es que conmigo nadie juega y se me dan siquiera dos mil pesetas, ó...

Corrales. Bocanegra, no por favor.

Señor Dalmacio. Mi palabra es una primera hipotecá. Usté nos lleva á Valencia y yo le doy las dos mil.

Capitán. Pues en seguida podemos izar velas.

Señor Dalmacio. Mejor que mejor. Garsón, la cuenta; nosotros al barco, estos á la cala...

Secundino. ¡Adiós mis ilusiones!

Milagros. ¡Adiós mi cariño!

Camarero 1.º (Presentando un papel.) La cuenta.

Señor Dalmacio. ¡Adiós mi dinero! (Ataca la orquesta el número cuatro.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

La cubierta de un barco de vela; aparejos, velas, etc., deben aparecer rotos unos, caídas otras, figurando que un temporal ha desmantelado el barco. El telón de foro oscuro y como si el cielo estuviese encapotado. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón unos marineros simulan que están sacando agua del fondo del barco. DALMACIO dándole á una bomba de mano con gran fatiga. SECUNDINO con un telescopio mira por lateral derecha; MILAGROS, de rodillas á su lado, reza; el CAPITAN BOCANEGRA en primer término va de un lado á otro dando órdenes

Capitán. ¡Más aprisa!... El agua sube cada vez más... Estas bombas funcionan muy despacio.

Señor Dalmacio. Yo ya no puedo más; (Soltando la bomba y poniéndose á la derecha del Capitán.) ¡hay que ver el agua que he sacao!

Capitán. Pues si la vía no disminuye estamos perdidos.

Señor Dalmacio. Por lo que usté más quiera, Capitán, que me está esperando mi mujer en Valencia.

Capitán. Yo no puedo hacer más; me ha cogido la turbonada más grande que he visto desde que cruzo los mares; el barco está sin gobierno; hemos perdido el timón, la brújula; llevamos doce días á merced de las olas.

Señor Dalmacio. Claro, y aquí no habrá con quién mandarle un recado á mi señora.

Secundino. No diga usted majaderías, tío; ¿no ve usted que no sabemos dónde estamos?

Capitán. Además, no es posible tomar ningún rumbo; hemos perdido la trinquetilla, los foques; nos hemos quedado sin juanetes.

Señor Dalmacio. Hombre, sin juanetes se anda bastante mejor.

Capitán. ¿Sí, eh? ya se lo diré dentro de un rato.

Secundino. (Gritando.) Barco á la vista.

Capitán. Pídele auxilio con la bocina.

Secundino. (Hablando por la bocina.) ¡Eh, los del barco!... ¿Dónde estamos?

Voz. (Muy lejana.) A diez millas de las costas de Noruega.

Capitán. ¡En los mares del Norte! Ya me lo temía. ¡Poder de Dios con la turbonada!

Marinero 1.º Parece un ballenero el que nos habla, Capitán.

Marinero 2.º El agua entra cada vez con más fuerza; la bodega está inundada; el barco empieza á hundirse.

Capitán. Sí, y además corremos peligro de estrellarnos con los témpanos de hielo que se señalan por la proa.

Marinero 2.º ¿Qué hacemos?

Capitán. Puesto que no hay otro remedio á los botes. Al agua ese bote. (Los marineros descuelgan el bote que va colgado en la lateral derecha y figuran echarlo al agua.)

Milagros. (A Secundino.) ¡Ay Secundino de mi alma, me parece que no te vas á poder casar conmigo!

Secundino. Feilla se pone la cosa.

Milagros. Pero júrame que te ahogarás pensando en mí.

Secundino. ¿Y lo dudas? Tu nombre saldrá de mi boca á cada trago y con el último buche te enviaré mi adiós.

Capitán. (A Dalmacio.) Usted al bote. Vamos, pronto, que no hay tiempo que perder.

Señor Dalmacio. Bueno, pero si es que no se está quieto; tan pronto sube, como baja.

Capitán. O se tira ó lo tiro.

Señor Dalmacio. (Ya sobre la borda.) No señor, me tiro; pero dígame usté si yendo á la derecha voy bien para Valencia.

Capitán. Abajo. (Desaparece Dalmacio. A Secundino.) Tú, mequetrefe.

Secundino. En seguida.

Milagros. Yo no me aparto de ti.

Secundino. Mujer, si yo estoy abajo para recogerte, ¿verdad, Capitán?

Capitán. Vamos, que no puedo perder un minuto.

Secundino. (Sobre la borda.) Ahí va ese saquito por si acaso... No se eche usté así de lao, que va usté á volcar el bote... ¡Cuidao! (Desaparece.)

Capitán. (A Milagros.) Y ahora tú. (Va á tirarse Milagros y el Marinero 1.º la detiene.)

Marinero 1.º Quieta.

Capitán. ¿Qué sucede?

Marinero 1.º Que un golpe de mar se ha llevado el bote y apenas se le ve.

Milagros. ¡Dios mío! ¡Secundino! (Dando voces.)

Secundino. (Desde dentro pero muy lejos.) Milagros.

Milagros. Secundino, ven.

Marinero 2.º No se les ve.

Marinero 1.º Pronto, Capitán, nos hundimos por segundos.

Capitán. Descolgar el chinchorro y sálvese el que pueda. (Va cayendo el telón oyéndose los gritos de Milagros Orquesta ataca núm. 4 bis.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO QUINTO

La escena representa el palacio del Rey Cociente I en la Isla Cuadrilonga, capital del país de los Geómetras. Puertas, ventanas, muebles, etc., semejarán figuras geométricas á gusto del pintor. Al foro un fondo de jardín, en el que algunos árboles también afectarán figuras geométricas. En el costado izquierda del salón un trono también de fantasía con un sillón para el Rey y otros más pequeños para la corte.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen por el orden que se citan, de derecha á izquierda, los MATEMÁTICOS 1.°, 2.° y 3.° ante grandes encerados donde trazan con tiza, diferentes figuras, resolviendo problemas aritméticos y algebráicos. Otros cuatro MATEMATICOS, que tienen cada uno un libro y un lápiz todos con trajes de fantasía llenos de adornos geométricos. En pie, y detrás de cada uno de ellos, las MATEMATICAS 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª y otras tres SEÑORAS, también con trajes de fantasía, tratan de arrancarlos á sus cálculos

Música núm. 5

Ellos. A más B igual á C
J P igual á K,
(Ellas se separan.)
añadiendo H O igual á I
el problema resuelto estará.

Ellas. (Acercándose.)
Basta ya, basta ya,
basta, basta ya.
Ellos. Si elevamos al cubo después
el producto de la operación (Se separan.)
y sacamos después la raíz
la raíz nos dará la razón.
Ellas. ¡Qué tesón, qué tesón,
qué tesón!
(Acercándose.)
Escúchame, amor mío,
¿no ves que á ti me arrimo?
Ellos. (Sin hacerlas caso.)
Los primos son los números.
Ellas. Por Dios, no seas primo.
Pendiente de tus ojos
mi vida siempre estuvo.
Ellos. El cubo de seiscientos.
Ellas. Y dale con el cubo.
(Se separan con mal humor.)
Los minuendos y sustraendos,
multiplicandos y dividendos
y los quebrados y decimales
tienen la culpa de nuestros males.
(Se acercan á ellos muy cariñosas y les dicen muy bajito y con mucho mimo:)
Oyeme,
abandona ese tema,
no seas niño,
para que
el problema resuelvas
de tu cariño,
que como lo resuelvas
yo te haré ver
que una y uno queriendo
pueden ser tres.
Ellos. Uno y uno dos,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho diez y seis.
A más B igual á C
J P igual á K,
añadiendo H O igual á I
el problema resuelto estará.

Ellas. Fíjate
que amorosas palabras
nunca me dices,
déjate
de quebrados y cubos
y de raíces.
Déjate, déjate,
fíjate, óyeme.
Fija amante los ojos
en tu mujer,
verás qué operaciones
puedes hacer.
Ellos. A más H.
Ellas. (Con mimo.) Corazón.
Ellos. Ele, ele...
Ellas. Ya se anima, qué ilusión.
Ellos. Ele, ele igual á K.
Ellas. (Desesperadas.)
Esto no es posible,
ya no aguanto más.
Ellos. Igual á K.

Hablado

Matemática 1.ª (Al 1.º) Pero querido Paralelepípedo, ¿es posible que las matemáticas os absorban de tal modo que olvidéis nuestros encantos?

Matemático 1.º (Sin hacerla caso.) Dado un prado de cinco hectáreas cuya yerba alcanza tres pies de altura, averiguar la edad del hortelano. (Sigue haciendo números.)

Matemática 2.ª (Acercándose al 2.º) Escúchame, Sumando; yo te amo con locura... ¿Por qué me vuelves la espalda?

Matemático 2.º (Como el anterior.) Enseñándonos la circunferencia que todos sus puntos en la periferia han de distar igualmente del punto centro...

Matemática 3.ª (Que se ha acercado al 3.º un momento antes.) Oyeme, Decimal. Piensa que llevas un mes sin hacerme caso...

Matemático 3.º (Sumando.) Llevo dos...

Matemática 3.ª Uno nada más...

Matemático 3.º Y tres más nueve... digo cinco... ¿Quieres no equivocarme?... me pones la cabeza hecha un rombo y...

Matemática 3.ª (Con desaliento.) Y así nos pasamos aquí la vida.

Matemática 4.ª (A las demás) Y vosotras menos mal; pero yo que estoy recién casada y mi esposo se pasa el día y la noche empeñado en encontrar la cuadratura del círculo.

Matemática 2.ª (Mirando foro izquierda.) Aquí llega Corolario, nuestra autoridad civil.

Matemática 3.ª A ver si este los espabila.

ESCENA II

DICHOS y COROLARIO con uniforme de fantasía y bastón de mando

Corolario. (Entrando.) Señores.. (Viendo que no le hacen caso, con voz de trueno.) ¡¡Señores!! (Todos vuelven la cabeza y saludan.) Una gran solemnidad viene á turbar la paz científica que goza Cuadrilonga nuestra isla; esta hermosa isla que marcha á la cabeza de las ciencias exactas. Nuestro Rey Cociente I, (Todos inclinan la cabeza.) que se ocupaba en estudiar un nuevo plan de ataque para acabar de una vez la guerra que sostenemos con el vecino país de las Amazonas, lo ha dejado todo; los sabios necesitan el concurso de todos vosotros... el caso es excepcional...

Matemático 1.º ¿Qué ocurre, gran Corolario?

Matemático 2.º ¿Acaso nuestro Rey ha encontrado el movimiento continuo?

Corolario. Más importante aún. Esta mañana los centinelas avanzados vieron estrellarse junto al faro Norte una gran mole de hielo de forma irregular, ligeramente parabólica. En ella venían dos seres humanos al parecer. Uno de ellos al saltar en tierra dió un trapezóide y se lastimó el hemiciclo; el otro, más viejo, trae la nariz en fracciones decimales. Se les recogió, se les dió de comer en el Semi-círculo de Recreo y aquí llegan precedidos de su majestad, que desea interrogarlos él mismo.

Matemático 2.º El problema es curioso.

Matemático 1.º Veremos cómo se plantea.

Corolario. Señores, el Rey.

ESCENA III

DICHOS. Ataca la orquesta el núm. 6 y aparece la GUARDIA NUMÉRICA. Todos los guardias llevarán números correlativos, detrás el REY COCIENTE I seguido de la Corte (personajes que luego se indican en el diálogo) y por último SECUNDINO y DALMACIO. A poco, un RESIDUO. Todos por foro izquierda

Rey. (Ocupando el trono.) Que venga un residuo.

Coro. A ver un residuo. (Llamando. Aparece un paje muy pequeñito.)

Residuo. (Inclinándose ante el trono.) ¡Majestad!

Rey. Tráete dos cubos para estos. (Vase el Residuo.)

Secundino. ¿Dos cubos?

Señor Dalmacio. ¿A que nos hacen fregar el suelo? (El Residuo entra trayendo dos banquetas en forma de cubo geométrico que entrega á Secundino y Dalmacio. Vase el Residuo.)

Rey. Sentaos.

Secundino. ¿Para qué se ha molestado?... Con permiso... (Se sientan.)

Rey. ¿Quiénes sois, de dónde venís y á dónde tenéis que ir?

Señor Dalmacio. Yo tenía que ir á Valencia donde me espera mi señora, pero me parece que ya no llego...

Secundino. (¡Cállese usted!) (Al Rey.) Señor, somos europeos; nos hicimos á la mar con rumbo á España y una tempestad nos arrojó próximos al Círculo Polar sobre un banco de hielo...

Señor Dalmacio. De pronto nos asaltaron infinidad de osos blancos...

Secundino. Y al caer aquellas moles sobre nosotros, su peso rompió en varios pedazos el banco. Este y yo nos quedamos en una sucursal, que es la que arrastrada por las aguas nos ha traído á estas tierras no conocidas por nadie.

Rey. Efectivamente; estáis en la isla de Cuadrilonga, capital del país de los Matemáticos, en el cuarenta y ocho año prismático, reinando la Dinastía de los Catetos, de la cual soy legítimo descendiente.

Secundino. (Agitándose gozoso en su asiento.) ¡Mis sueños se cumplen! ¡Qué alegría!

Señor Dalmacio. (A Secundino.) ¡No menees tanto el cubo, hombre!

Rey. Pues bien; según las leyes del país, ningún extranjero puede permanecer en él más que el tiempo necesario para darle cuatro tiros...

Secundino. (Levantándose rápidamente.) Vaya, ustedes tendrán que hacer...

Señor Dalmacio. (Idem.) Las visitas cortitas.

Rey. (Deteniéndolos con el gesto.) Salvo que jure la Constitución del Estado y se nacionalice, en cuyo caso se le considera como compatriota.

Señor Dalmacio. ¡Ah! pues yo como si fuera de casa, ¿eh?

Rey. Pero como á causa del trabajo mental á que se dedican mis súbditos la población masculina va decreciendo de un modo alarmante, la Ley cuatrocientos cincuenta y ocho os obliga á casaros inmediatamente.

Secundino. Es que yo tengo novia... es decir, tenía...

Señor Dalmacio. Y yo me casé en España hace veinte años prismáticos... y mi costilla vive.

Rey. Pero como aquí no tienen fuerza las leyes extranjeras, aquí eres soltero.

Señor Dalmacio. ¡Ah, bueno, por mí... no hay inconveniente! Me echaré novia.

Rey. No es preciso. El Estado se encarga de proporcionártelas.

Señor Dalmacio. ¿Proporcionármelas? ¿Así en plural?

Secundino. Será para escoger.

Rey. Digo proporcionártelas porque aquí practicamos la poligamia exagonal y tenéis que casaros con seis mujeres cada uno.

Secundino. ¡Canario!

Señor Dalmacio. ¿Con seis mujeres?... ¿Yo?... Bueno... aquí habrá aceite de hígado de bacalao, ¿eh?

Secundino. La verdad es que nosotros no estamos acostumbrados á tener las señoras así.... en paquetes.

Rey. Pues hay que decidirse; ó juráis las leyes del país...

Señor Dalmacio. O cuatro tiros. Yo por mi parte juro.

Secundino. Y yo no le dejo á usted solo. Juro también.

Rey. En ese caso dentro de media hora se celebra-

rán los esponsales. (A Secundino.) A ti te destino seis princesas de sangre, entre ellas mi hija. Y á ti (A Dalmacio.) seis camareras mayores.

Señor Dalmacio. ¿Seis camareras á mí?... (Yo acabo abriendo una horchatería.)

Rey. Y ahora os voy á presentar algunas personalidades de mi Corte.

Secundino (Mirándose la ropa.) Lo que es que estamos así... de trapillo... y francamente...

Rey. No importa. Es la costumbre. Adelantaos. (Se adelanta uno. Presentando.) El señor Sustraendo, ministro de Hacienda. (Reverencias mutuas. Se adelanta una señora.) La princesa Teorema, legítima sangre de los Catetos, heredera del trono (A Secundino.) y una de tus esposas. (Reverencias.)

Secundino. Muy mona.

Rey. (Presentando.) El príncipe Minuendo, de igual sangre cateta.

Secundino. Muy mono.

Rey. (Presentando á una señora muy gorda y con mucho pecho.) La infanta Hipotenusa, también....

Señor Dalmacio. Sí, ya se ve... cateta... no lo puede ocultar...

Rey. (Presentando.) El archiduque Angulo.

Señor Dalmacio. Será Angulo...

Rey. No... Ángulo... intersección de dos líneas...

Señor Dalmacio. ¡Ah, sí!... no me acordaba que este es el país de los geómetras...

Rey. Y ahora que empiece el besa la mano. Dad las órdenes, Corolario. (Este hace señas foro izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, los ENTEROS y QUEBRADOS. Después, CURVAS 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª

Música núm. 7

Todos. Salud, ilustres huéspedes;
salud, príncipe real.

Rey. Mi Corte soberana
tu mano va á besar.

Señoras. Las damas cuadrilongas
te dan su parabién.

Dalmacio. Manda que me la besen
á mi también.
Secundino. Yo estoy emocionado.
Dalmacio. Y yo estoy por marcharme.
Secundino. Jamás soñé que nunca
pudieran coronarme:
yo noble y poderoso
seré la mar de rico.
Dalmacio. Y yo con seis señoras
me *paece* que hinco el pico.

(Salen los Enteros y Quebrados; los cuatro primeros muy gordos y los cuatro últimos con joroba.)

Los 8. Los nobles de la isla,
doblando la cabeza,
besamos reverentes
la mano de su alteza;
desde hoy á su servicio
estamos agregados.
Enteros. Dispón de los Enteros.
Quebrados. Dispón de los Quebrados.
Secundino. A mí que no me agreguen
ninguno jorobado.
Corolario. Las Curvas van, alteza,
tus manos á besar.
Señor Dalmacio. (A Secundino.)
Cuidado con las curvas
no vayas á volcar.

(Salen las cuatro Curvas.)

Las 4. ¡Ah, gran señor!
Secundino. / **Dalmacio.** } ¡Vaya calor!
Las 4. Según costumbre aquí
y esclavas del deber,
podéis á vuestro antojo
de nosotras disponer.
Curva 1.ª / **Curva 2.ª** } Te tengo que atender.
Curva 3.ª / **Curva 4.ª** } Te tengo que mimar.
Las 4. Y todos tus caprichos
he de respetar.
Secundino. / **Dalmacio.** } ¡Rediez!
Como sean todas iguales
yo la entrego antes de un mes.

Las 4. Mira en mis curvas qué suavidad,
mira en mis líneas qué placidez,
mira en mis ojos cuánta pasión,
mira en mis carnes qué morbidez.

Secundino. Mira.

Dalmacio. Mira.

Las 4. Mira.

Todos. Mira.

(Repiten.)

Curva 2.ª / **Curva 1.ª** Mándame tú.

Secundino. *Merci bocú.*

Curva 3.ª / **Curva 4.ª** ¿Qué quieres, dí?

Dalmacio. *De apre midi.*

Todos. Mira en { mis / sus } carnes qué morbidez,
qué morbidez.

Hablado

Coro. (Adelantándose.) Señor: con la recepción os olvidáis, sin duda, que el enemigo nos presenta la batalla y que vuestro ejército os espera para que le llevéis á la victoria.

Rey. Es verdad; (A Secundino.) pero deseando darte una prueba de mi real confianza, delego en ti, como esposo de la heredera...

Secundino. Señor, tened en cuenta que puede quedarse viuda tan joven...

Rey. (Incomodado.) Aquí no se replica, se obedece.

Dalmacio. (A Secundino) ¡Anda... toma por cateto!

Rey. Desde este momento quedas nombrado jefe supremo del ejército de operaciones.

Secundino. (En voz alta á su tío.) Desde este momento queda usted nombrado ayudante del jefe supremo del ejército de operaciones,

Dalmacio. (Asustado.) ¿Quién, yo?

Secundino. (Incomodado.) Aquí no se replica, se obedece. Vendrá usted conmigo á la cabeza.

Rey. (Tomando un pendón de manos de los Guardias y entregándoselo á Secundino.) Ahí va. Es el pendón sagrado de los catecos, el símbolo de la patria... (Entregando otro á Dalmacio.) Toma tú.

Dalmacio. ¿Otro símbolo?

Rey. Es el pendón de guerra. Espero que los llevaréis á la victoria.

Secundino. Lo llevaré.

Dalmacio. Si quisieras hacerme el favor de llevar éste de paso..

(Secundino le rechaza.)

Secundino. (A Cociente.) ¿Es muy numeroso el enemigo?

Rey. No lo sabemos, porque como siempre ha corrido detrás de nosotros y no hemos vuelto la cabeza ni por curiosidad... pero por el ruido sí parece que lo es.

Secundino. Mejor. ¿Qué fortaleza le ampara?

Rey. La capital enemiga está rodeada de una altísima muralla. Para penetrar en ella sería preciso hacerlo por la única y sólida puerta de hierro que guarda lo más escogido de su ejército. Esta puerta de hierro no ha habido hasta ahora quien sea capaz de franquearla.

Secundino. Bueno, ¿qué hora es?

Dalmacio. (Consultando el reloj.) En la Puerta del Sol las diez y cuarto.

Secundino. Pues bien, Majestad. Yo os juro que antes de la caída de la tarde os dirán que nos han visto con dos pendones en la Puerta de Hierro.

Coro. ¡Viva el Príncipe Secundino!

Todos. ¡Viva!

(Ataca la orquesta el núm. 8, que es con el que empieza el cuadro siguiente.)

MUTACION

CUADRO SEXTO

La escena representa el campamento del ejército de operaciones en el país de las Amazonas; un espléndido y pintoresco valle lleno de tiendas de campaña. En primer término derecha una tienda mayor que las otras, que es la de la Reina. Pabellones formados con fusiles, algún cañón, etc., á gusto del pintor.

ESCENA PRIMERA

Por el orden que se citan van saliendo la GENERALA y detrás cuatro AMAZONAS, como todas las demás, con lanzas y rodelas. ROSA-

FLOR, reina de las Amazonas; una AMAZONA (capitana) y detrás todo el ejército. Al terminar el número salen SECUNDINO y DALMACIO, encerrados en dos jaulas de madera que son conducidas por cuatro señoras, que las dejan en el centro del escenario

Música núm. 8

Todas. ¡Honor! ¡honor!
á la reina victoriosa,
á la reina más hermosa,
á la bella Rosaflor.

—

Generala. Celebremos nuestro triunfo
y cantemos nuestras glorias,
ya que al fin hemos logrado
la mayor de las victorias.

—

Rosaflor. A ver, las Amazonas,
aquí sin tardar;
la danza de las victorias
bailar.

Todas. Bailar, bailar.

(Avanzan cuatro Amazonas y bailan una danza guerrera hasta que acaba el número.)

Hablado

Generala. Que traigan los prisioneros.

(La orquesta ataca el núm. 8 bis. Las Amazonas hacen mutis foro derecha. Por el foro izquierda sacan á Secundino y Dalmacio, como queda dicho.)

Rosaflor. Generala, reciba usted mis plácemes por la espantosa derrota infringida á los geómetras, y especialmente por haberla coronado con la prisión de sus dos caudillos.

Dalmacio. ¡Quién nos habrá metido á caudillos!

Secundino. Sí que nos ha salido deficiente.

Generala. Agradezco á Vuestra Majestad esos elogios, pero no he hecho más que cumplir mi deber de soldado.

Dalmacio. (A Secundino.) ¡Es la Reina!

Secundino. ¡Y que está para hacerle un favor á la Constitución!

Dalmacio. Se da un aire á la señá Daría, ¿verdad?

Rosaflor. (A su Estado Mayor, con quien ha estado hablando durante las anteriores frases.) Sí, es preciso determinar inmediatamente. Consejo de guerra sumarísimo. Yo lo presidiré. Generala, coloque usted centinelas de vista y entremos en la tienda. Vamos á juzgar á los prisioneros.

(La Generala, Rosaflor y Amazona hacen mutis por la tienda. En escena quedan las cuatro Amazonas que han bailado, que no se marcharon con las otras.)

ESCENA II

SECUNDINO y DALMACIO y las Centinelas

Dalmacio. Oye, Secundino... ¿á cuánto pondrán la entrada para vernos?

Secundino. No me hable usted, que estoy hecho una fiera. ¡Pensar que si llegamos á alcanzar la victoria á estas horas sería yo el amo del país de los geómetras y de las amazonas y...!

Dalmacio. ¿Y quién ha tenido la culpa de la derrota?

Secundino. Yo, por fiarme de usted.

Dalmacio. ¡Ah!... ¿de mí? Yo no he podido hacer más de lo que he hecho. Ataqué á estas señoras por el flanco izquierdo á ver si lograba que rompiesen la formación; pero, ¿cómo me iba yo á figurar que estuviesen tan bien formadas?

Secundino. Ordeno que venga en mi ayuda el segundo de Ligeros y todavía le estoy esperando.

Dalmacio. Además, tú te confiaste demasiado por aquello de que las enemigas eran señoras, pero acuérdate de lo que te dije... por lo mismo que son señoras tendrán algunas avanzadas... marchemos con precaución.

Secundino. ¡Qué diferencia de cómo han peleado ellas á nosotros!... Daba gusto verlas entrar en fuego á pecho descubierto.

Señor Dalmacio. Yo no me he quitado de los ojos los gemelos de campaña en toda la acción.

Secundino. Y cuando se inició la desbandada .. ¡qué vergüenza!

Señor Dalmacio. ¡Cómo corrían detrás de nosotros!... la verdad es que nunca me han seguido á mí tantas mujeres.

Secundino. En fin, resignación.

Señor Dalmacio. ¿Y para qué nos habrán metido en estas jaulas?... Porque para colgarnos en el balcón no creo yo que será.

Secundino. Eso merecíamos, que nos colgasen por cobardes.

ESCENA III

DICHOS. MILAGROS, acompañada de la GENERALA y la AMAZONA, y seguidas de dos SACERDOTISAS y cuatro Amazonas. Milagros lleva el uniforme de amazona de la Guardia y un papel en la mano. Las Sacerdotizas llevan trajes de capricho, descotados y muy sugestivos

Generala. (A Milagros.) Guardia.

Señor Dalmacio. } (Asombrados.) ¡Milagros! (Esta hace se-
Secundino. } ñas para que se callen.)

Generala. Lea usted á los prisioneros el fallo del consejo.

Milagros. (Acercándose á la jaula de Secundino.) (No me pierdas... luego te explicaré todo.) (Leyendo el papel.) «El Consejo de guerra, ateniéndose á lo preceptuado en la ley militar, condena á muerte á los prisioneros, pero teniendo en cuenta su condición de jefes supremos del enemigo ..

Secundino. Alguna atenuante.

Milagros. ...decide someterlos al tormento previamente.»

Señor Dalmacio. ¡Hombre, eso ya es cebarse!

Generala. Mientras se decide la clase de suplicio en que debéis acabar vuestra vida, dos Sacerdotisas, aquí presentes, os prestarán sus consuelos y oirán vuestra confesión.

Secundino. Y diga usted, Generala... en esto de los suplicios, ¿tienen ustedes mucho repertorio?

Generala. Hay treinta y ocho, pero los que más se utilizan son el del aceite hirviendo, el del potro y el del reloj.

Señor Dalmacio. Bueno; á mí que me den el potro... pero que corra mucho.

Generala. Tenéis cinco minutos para descargar vuestra conciencia. (Hace mutis por la tienda seguida de Milagros, la Amazona y el acompañamiento.)

ESCENA IV

SECUNDINO, SEÑOR DALMACIO, SACERDOTISA 1.ª y 2.ª y las cuatro centinelas

Señor Dalmacio. (Viendo acercarse las Sacerdotisas y viendo lo hermosas que son.) ¡Pero esto es un crimen!... Esto no se da para la última hora.

Secundino. (Idem.) Esto se da para abrir boca. (La primera se acerca á Dalmacio y la segunda á Secundino.)

Música núm. 9

Sacerdotisas. Confiteor Deo.
Secundino.
Señor Dalmacio. } La veo y no la veo.
Sacerdotisas. Confiésate.
en el nombre del Padre y del Hijo.
Los dos. Señor, yo pequé.
Sacerdotisas. Cuéntame al oído
tus remordimientos,
díme si has cumplido
con los mandamientos,
si has pecado mucho,
si tienes temor;
habla, que te escucho,
habla, pecador.
Los dos. *Pa* fortalecerme
como buen cristiano,
debe usté meterme
por aquí la mano,
que yo se la bese
con mística fe,
y acerque el oído
y escúcheme usté.
(Ellas lo hacen.)

Señor Dalmacio. Acúsome
de que tengo un corazón
que le gusta una porción
el mujerío.

Sacerdotisa 1.ª Sigue, hijo mío.

Secundino. Acúsome
que al mirar unas caderas
y unos ojos con ojeras
me da frío.

Sacerdotisa 2.ª Sigue, hijo mío.

Secundino. Que sueño con puntillas
y sedas y entredoses.

Señor Dalmacio. Que sueño con enaguas
y sueño siempre á voces.

Sacerdotisa 1.ª No puedo al escucharte
callar mi indignación.

Sacerdotisa 2.ª No sé si debo darte
mi santa absolución.

Los dos. Perdón.

Sacerdotisa 1.ª No hay perdón.

Los dos. Perdón.

Sacerdotisa 2.ª No hay perdón.

Los dos. Que se lo pedimos
de todo corazón.

Las dos. Prométeme
olvidar toda pasión
ó arrancarte el corazón
si no pudieras.

Secundino. Lo que tú quieras.

Señor Dalmacio. Lo que tú quieras.

Las dos. Prométeme
no mirar á una mujer
y así yo te absolveré
de tu pecado.

Los dos. Es que al mirarte
me he condenado.
Por la gloria que ofreces
no tengo prisa,
que me muero de amores,
sacerdotisa;
sácame de esta jaula,
que no soy fiera,
y quiero confesarme
de esta manera.

Gloria de mi gloria,
mi corazoncito,
vente á los Madriles
con servidorito.
Horno de la Mata
tienes un *boduar*
como no lo puedes,
chiquilla, soñar.

Las dos. No, no hay perdón.
Suéltame, que te quedan momentos
y se acerca el instante fatal.

Los dos. Pues escucha muy bajo, al oído,
mi postrera voluntad.

(Hablan al oído á las Sacerdotisas.)

Sacerdotisa 1.ª (Asustada.)
¡Qué atrocidad!

Sacerdotisa 2.ª (Idem.)
¡Qué barbaridad!

Secundino. Rica.

Señor Dalmacio. Chata.

Las dos. Te condenas sin piedad.

ESCENA V

DICHOS y MILAGROS, que, seguida de algunas Amazonas, vuelve á salir al terminar el número

Hablado

Milagros. Acusados, el Consejo ha escogido el suplicio del reloj.

Señor Dalmacio. ¿Y qué será eso?

Secundino. Puede que nos cuelguen en el comedor.

Señor Dalmacio. Yo estoy más en figura para un despacho.

Milagros. En marcha. Vamos al salón de los relojes.

Secundino. ¡Tío!

Señor Dalmacio. ¡Secundino!

Secundino. ¡Dios nos ponga en hora! (Las centinelas se colocan á los lados de las jaulas, que empujan las Amazonas. Milagros y las Sacerdotisas van detrás. Al echar á andar cae el telón. Orquesta, núm. 10.)

MUTACIÓN

CUADRO SÉPTIMO

Un salón dedicado al suplicio de los relojes en el País de las Amazonas. El decorado del salón á gusto del pintor. Este salón sólo tendrá una puerta en el centro del foro. En las laterales derecha é izquierda, primero y segundo término, habrá dos relojes grandes en cada lateral, de caja entera, cuya esfera quedará á la altura de la cabeza de una persona. El de segundo término izquierda, practicable. Estarán adosados al muro, figurando que están sujetos al mismo. En las demás laterales, pintados ó corpóreos, habrá otros muchos relojes exactamente iguales. Del centro de la esfera de cada reloj saldrá el cañón de una pistola. Frente á cada uno de los cuatro relojes habrá un poste de madera de la misma altura, con las correas necesarias para atar é inmovilizar á una persona.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón las AMAZONAS están acabando de atar á SECUNDINO y DALMACIO en los postes respectivos, frente á los relojes de primer término, Dalmacio á la derecha y Secundino á la izquierda. La GENERALA con varias Amazonas rodea á uno y la CAPITANA con otro grupo al otro. Al terminar de atarlos dicen

Generala. (A la Amazona.) ¿Están bien las alturas?

Amazona. Bien, mi Generala. El punto de mira va directo al entrecejo de los condenados.

Generala. ¿Tienen bien sujetas las cabezas?

Amazona. Sí, mi Generala. No hay cuidado de que se muevan.

Generala. Bien. (A Secundino y Dalmacio.) ¿Tenéis algo que pedir?

Secundino. Sí, señora. Yo quisiera que me explicaran que suplicio es éste.

Generala. Es bien sencillo. El cañón de esa pistola empotrada en la pared y puesta en relación con el mecanismo del reloj, apunta como veis á la cabeza. Son las siete y diez minutos, pues bien, al llegar el minutero á las siete y cuarto funciona un resorte, el arma se dispara y nada más.

Secundino. ¡Pues es un relojito de fantasía!... Hombre... cuánto más fácil era fusilarnos y así acababan ustedes antes.

Generala. Precisamente en eso consiste el suplicio. Vosotros mismos vais contando los minutos que os quedan de vida; vosotros mismos veis acercarse por segundos el terrible momento.

Señor Dalmacio. Es que yo cerraré los ojos.

Generala. La curiosidad y el miedo os obligarán á abrirlos.

Señor Dalmacio. Oiga usted, Generala... ya que es usted tan amable... es un capricho... ¿no podían ponerse esos relojes con la hora del mío?

Generala. ¿Qué hora tiene el tuyo?

Señor Dalmacio. Está parado.

Generala. (Con ironía.) Dentro de poco andará. (A los Guardias.) Vosotros esperais en el vestíbulo, y cuando suenen los disparos entrais á recoger los cuerpos. (Mutis todas foro.)

ESCENA II

DALMACIO y SECUNDINO

Secundino. ¡Tío!

Señor Dalmacio. ¡Secundino!... pero oye... esto es una atrocidad, y una barbaridad y una bestialidad.

Secundino. Pero es original y emocionante. Lo que me extraña es haber encontrado aquí á Milagros.

Señor Dalmacio. Y que desde que nos leyó la sentencia no la hemos vuelto á ver más. Debe haberse olvidado de nosotros.

Secundino. Al fin mujer.

Señor Dalmacio. (Por la hora.) Y doce... nos quedan tres minutos.

Secundino. Y que no hay duda, que al disparar nos da en la cabeza, porque no hay manera de apartarla.

Señor Dalmacio. ¡Dios mío, dame un mareo!

Secundino. ¿Para qué?

Señor Dalmacio. Para que se me vaya la cabeza.

Secundino. No sea usted cobarde.

Señor Dalmacio. ¿Cobarde? Fíjate... y trece... nos quedan dos minutos.

Secundino. Usted que hablaba tan mal de los rateros, ¡cuánto daría usté ahora porque le quitaran el reloj!

Señor Dalmacio. Menos dos... óyeme, Secundino... ya que voy á morir no quiero llevarme ningún cargo de conciencia al otro mundo... ¿Te acuerdas de la estantería que había en el pasillo del comedor?

Secundino. Sí, señor.

Señor Dalmacio. Pues una tarde que Milagros estaba arreglando unos libros, no pude contenerme y la tiré un pellizco un poco más abajo de la estantería... ¿me lo perdonas?... menos uno y medio ..

Secundino. Eso no tiene nada de particular... á la señá Daría la pellizcaba todo el mundo.

Señor Dalmacio. Menos uno.

Secundino. Menos dos, porque yo nunca lo intenté.

Señor Dalmacio. Digo que menos un minuto. Dios te lo pague... y ahora preparémonos á bien morir... Yo pecador... Dios te salve... Padre nuestro...

Secundino. ¡Adiós, Milagros!

Señor Dalmacio. ¡Adiós, Daría!... ¡Pero que siempre hemos de estar de despedidas!

Secundino. En el nombre del Padre...

Señor Dalmacio. Del Hijo...

Secundino. Del Espíritu Santo y...

(Se abre el reloj del segundo término izquierda y aparece Milagros.)

ESCENA III

DICHOS y MILAGROS, que los desata muy de prisa. Al final GENERALA, AMAZONA y GUARDIAS

Milagros. ¡Secundino!... ¡Señor Dalmacio!

Los dos. (Asombrados.) ¡Milagros!

Milagros. No alzar la voz ó estamos perdidos... ¡Pronto!... ¡escapemos! (Mientras los desata.) Ahí fuera tengo caballos. (Muy de prisa hasta el final.)

Secundino. ¿Cómo te encuentras aquí?

Milagros. Un barco pirata de las Amazonas me recogió en alta mar abandonada en un bote, les conté mi aventura, me agregaron á la Guardia Real de la que soy Jefe, y esperaba el momento de poder huir.

Secundino. Oye, me podrás dar detalles curiosos de las costumbres de este país.

Milagros. Todo lo que quieras, pero vamos pronto... no hay tiempo que perder. (Ellos se dirigen al foro.) No... por ahí no... por aquí. (El reloj por donde salió.)

Señor Dalmacio. ¿Por el relojito?... Nunca.

Milagros. No tenga usted miedo; detrás de la caja hay una salida secreta.

Secundino. Vamos. (Desaparece con Milagros.)

Señor Dalmacio. (Al salir dirigiéndose al reloj.) Si no llevara prisa te daba dos patadas en el muelle real que te lo aflojaba. (De los dos relojes de primer término salen dos disparos á un tiempo.) Recorcho, si me descuido. (Mutis reloj. Pausa. Se abre la puerta del foro y entran rápidamente la Generala y Amazonas.)

Generala. ¡Qué es esto! ¡Traición! ¡Pronto, á caballo y ¡¡ay!! de ellos! (Orquesta ataca núm. 10 bis.—Teión rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO OCTAVO

Al levantarse el telón la escena está envuelta en espesa bruma. El sol rojo y grande traspasa dulcemente en un punto dado esta bruma é ilumina solamente el centro donde se encuentran los personajes hasta que la bruma se disipe.

Secundino, Dalmacio y Milagros están tendidos y duermen roncando fuertemente. Sobre cada uno de los dos primeros hay apoyada una escalera diminuta, como de cuarenta ó cincuenta centímetros de altura. Estan atados los tres, con delgados hilos á una porción de estaquillas fijadas en el suelo. En tierra hay un pequeño papel de unos diez centímetros en cuadro, con caracteres impresos. Secundino llevará en el bolsillo una lupa.

ESCENA PRIMERA

SECUNDINO, DALMACIO y MILAGROS

Secundino. (Soñando.) ¡Milagros! ¡Rica mía!

Señor Dalmacio. (Idem.) Anda, Daría, ponte más cocido. (Llamando.) ¡Chica!

Secundino. (Despertando.) ¿Eh?

Señor Dalmacio. La carne; pero es que están los garbanzos como manteca, ¿verdad, pichona?

Secundino. Calla... si es mi tío que sueña que almuerza con su costilla.

Señor Dalmacio. No, salsa, no. Ponme tocino y chorizo.

Secundino. Me da lástima despertarle... sobre todo ahora que estará saboreando el tocino. Si no le quedase más que el postre me esperaría, pero si toma principio va á tardar mucho.

Señor Dalmacio. ¡Chica, el principio!

Secundino. ¡No lo dije! No, pues el principio no lo pruebas. (Llamando.) ¡Eh... tío!... ¡Milagros!

Señor Dalmacio. (Despertando.) ¿Dónde estoy?

Milagros. ¿Quién es?

Secundino. Yo, Secundino.

Señor Dalmacio. (Intentando levantarse.) ¿Pero, qué es esto? ¿Es una red?

Secundino. ¿Una red?... ¡Calla!... pues si yo también estoy sugeto.. y con hilo blanco.

Señor Dalmacio. (Rompe los hilos y se levanta.) Al demonio se le ocurre atarnos con hilo de hacer media.

Milagros. ¡Ay, yo no puedo más! (Todos se levantan.)

Secundino. Dos días corriendo á uña de caballo y por todo alimento fruta... y por toda bebida agua.

Señor Dalmacio. Y que no la he encontrao de Mondáriz que es la única que me sienta bien. (Se fija en la escalera diminuta y la coge.) ¡Rediez!... ¿qué es esto?... ¿Tú has comprao juguetes para los chicos?

Secundino. Es una escalera de mano... y aquí hay otra.

Señor Dalmacio. Bueno, pero... tú que has leído tanto, ¿no puedes decirme dónde estamos?

Secundino. ¿Qué sé yo?... si pudiéramos orientarnos... pero con esta maldita bruma no se distingue nada á diez pasos de distancia. (Se fija en el papel.) ¡Hombre, aquí hay un papel!... (Lo coge.) y parece un anuncio...

Señor Dalmacio. A ver.. léelo... puede que por él deduzcamos donde estamos...

Secundino. ¡Qué letra!... ¡es microscópica!... gracias á que conservo la lupa. (Saca la lupa y lee.) «El Consultor del pueblo. Gran diario de la mañana»

Señor Dalmacio. ¿Cómo gran diario?... ¡si eso no puede ser ni semanal!

Secundino. Pues bien claro está. Gran diario. «Director, M. Confetti. Organo de los intereses del país de Liliput.» (Dando un grito de alegría.) ¡Ah!... ¡El Liliput!... ¡Estamos en el país de los liliputienses!... Ahora comprendo las escaleras diminutas y los hilos y el periódico microscópico. ¡Qué suerte, tío! Liliput existe... el

país de mis sueños. Mire usted ya parece que empieza á disiparse la niebla. (Se da un punto de luz.)

Señor Dalmacio. Sí, ya parece que se ven algunas siluetas. ¡Qué espectáculo más raro!

Milagros. Parece una gran ciudad de muñecos.

Secundino. ¡Qué casas tan chiquitinas!

Señor Dalmacio. ¿Pero en esas casas viven seres humanos?

Secundino. Sí; seres que no tienen más que un pie.

Señor Dalmacio. ¿No los confundirás con las grullas?

Secundino. Un pie de altura, pero que viven como nosotros.

Señor Dalmacio. Entonces viven de milagro.

Milagros. Venid por aquí... estoy deseando verlos.

Señor Dalmacio. Y yo también.

Secundino. Pero con cuidado no vaya usted á pisarlos.

Señor Dalmacio. ¡Hombre, ni que fueran cucarachas! (Hacen mutis por lateral derecha. La orquesta ataca el número 12. Se va haciendo cada vez más claro; la bruma se va disipando lentamente, el sol pierde su tinte rojo y se vuelve blanco. Al fin toda la escena se ilumina fuertemente. Entonces se ve la Villa de Liliput, con sus diminutas casas, sus diminutas calles y plazas, sus pequeños puentes, muelles é iglesias y demás edificios públicos, sus navíos que surcan á lo lejos el mar, sus góndolas que se deslizan por su canal, sus carruajes que ruedan por el puente. En sitio muy visible habrá una pequeña fuente pública con pilón y artística taza. Aparece por la derecha un liliputiense, vestido con uniforme de guardia de seguridad (de fantasía pero parecidos á los nuestros.) Detrás salen Dalmacio y Secundino y al llegar el guardia al centro de la escena Secundino le tira el sombrero y le coge.)

Secundino. (Con alegría.) ¡Ya tengo uno!... ¡ya tengo uno!

Señor Dalmacio. ¿Dónde?

Secundino. Aquí...

Señor Dalmacio. ¡A ver si lo deshaces!

Secundino. Dejeme usted que voy á hablarle. (Acercándose el muñeco á la cara.) ¡Buenos días, pollo!... ¿Eh?... (Se le acerca al oído.) Tendrá un hilito de voz y... ¡Ay, pobrecillo!... ¡se ha desmayado del susto!

Señor Dalmacio. ¡Claro!... échale una rociada de agua en las sienes.

Secundino. ¿Y dónde está el agua? ¡Ah, sí!... (Mirando

alrededor.) Aquello debe ser una fuente... tráigame usted un poco de agua en las manos.

Señor Dalmacio. (Acercándose á la fuente.) ¡Pero si esto apenas echa agua! Vaya... así acabamos antes. (Arranca de un tirón el tazón alto de la fuente y se lo lleva á Secundino.)

Secundino. ¿Qué ha hecho usted?

Señor Dalmacio. Traerte la fuente entera.

Secundino. No, hombre... le vamos á estropear el ornato á estas pobres gentes. (Coge agua y rocía salpicándole al muñeco. Dalmacio vuelve á dejar la fuente en su sitio.) ¿Qué... se le pasa?... vamos me alegro... No... no tema usted nada... (A Dalmacio.) ¡Pobrecillo!... dice que es un padre de familia con siete hijos pequeños...

Señor Dalmacio. ¡Y tan pequeños!

Secundino. (Al muñeco.) Pues nosotros no venimos á hacerles daño... Al contrario; si en algo podemos servirles... dígaselo á las autoridades y á la reina... porque usted parece que es de tropa... ¿cómo?... ¡Ah!... ¿guardia de seguridad?... ¡caramba!... Fíjese usted, tío... es guardia... (Le saca de la vaina un sablecito microscópico.) Mire usted qué monada de sable.

Dalmacio. Dile que me lo regale para un alfiler de corbata.

Secundino. (Al muñeco.) ¿Qué?... ¿qué dice usted?... ¡Ah!... sí hombre, pues no faltaba más... ya nos veremos por ahí, ¿eh? Gracias... aquí deja usted dos amigos. Muchos besos á los niños. (Pone en el suelo al muñeco y éste vase corriendo por lateral izquierda,)

Dalmacio. ¿Pero por qué le sueltas?

Secundino. Es que hay una cuestión ahí abajo en una taberna y le han llamado.

Dalmacio. Me gustaría llevarme una pareja de estos para morillos de la chimenea. (Se sienta encima de una casa cuyo último piso tiene puestos en los balcones papeles blancos como indicación de estar desalquilado.)

Secundino. Aquí el problema va á ser la comida, porque como nos desayunemos dejamos sin pan á la población.

Dalmacio. Es que en un caso así deben recurrir á la Administración Militar.

Secundino. Pues ya necesitan una buena administración.

Dalmacio. ¡Eh!... ¡caray!... ¿qué es eso?... (Mirándose una pierna.) ¡Cuidadito con los alfileres!

Secundino. ¿Qué le pasa á usted?

Dalmacio. ¡Aquí del principal derecha que me han dado un pinchazo en la pantorrilla!... ¡Canario!... Pues ahora son los del segundo que me pellizcan en un muslo.

Secundino. Y menos mal que está desalquilada la bohardilla.

Dalmacio. Por si acaso. (Se levanta.)

(Ataca la orquesta el número 13 muy piano para que dé idea de pequeñez.)

Dalmacio. ¡Música!

Secundino. Musiquita. Es el ejército de Liliput que llega.

Dalmacio. Que llega del Bazar de la Unión por lo visto.

(Al compás del pasodoble propio de marionettes va desfilando el ejército. Primero Infantería, con su correspondiente escuadra de gastadores y banda; después Caballería y por último la Escolta Real y á continuación una carroza elegantísima tirada por ocho caballos empenachados, y dentro de ella la Reina de Liliput. Detrás de la carroza parte de la Escolta. Al toque de clarín se paran todos.)

Secundino. (Acercándose.) ¡Caramba, una señora!

Dalmacio. Y que á juzgar por las trazas debe ser persona influyente y de dinero.

Secundino. Yo voy á saludar. (Quitándose el sombrero.) Beso á usted los piececitos.

Dalmacio. (Acercándose.) Felices, señora; ¿quería usted algo?... ¿Eh?... ¿que la coja?... Con mucho gusto... (La saca de la carroza.) A mí se me figura que están en la lactancia.

Secundino. Pregúntela usted quién es.

Dalmacio. Es verdad. (A la muñeca.)¿Quién es usted?... ¡Zapateta!

Secundino. ¿Qué pasa?

Dalmacio. ¡Una friolera!... ¡quítate el sombrero, hombre!... ¡Que es la Reina!

Secundino. ¡La Reina!

Dalmacio. ¡Soy el sostén de la Monarquía liliputiense!

Secundino. ¡Qué honor para un librero!

Dalmacio. (Acercándose el oído á la boca de la muñeca.) ¿Decía vuestra majestad?.. Sí, señora... casado en Madrid, en la parroquia de las chinches... no, allí no hay divorcio... ¿que es una lástima?... ¿por qué?... ¡Ah!... us-

ted viuda ¿eh?... ¿que podíamos?... Imposible señora... ¿cómo nos íbamos á entender?

Secundino. Por lo visto le ofrece á usted...

Dalmacio. Su real mano. Pero figúrate que hago yo con esto. (Tomando la mano de la Reina.) ¿Que de dónde somos?... De Madrid. ¿Que si hay allí mujeres?... Sí, señora... ¡hay cada mujer!... y hombres y políticos y guerreros y oradores y ejércitos. ¿Quiere usted que la contemos algo?... ¿que sí?... Bueno, pues á medias para no cansarnos... Empieza tú. (Le da la Reina á Secundino.)

Música núm. 14

Los dos. Escúchenos atenta
su augusta majestad
y sabrá de las cosas de España
toda la verdad.

—

Secundino. Tenemos generales,
tenemos oradores.
Dalmacio. Tenemos diputados,
tenemos senadores.
Secundino. Tenemos unas calles
modelos de limpieza.
Dalmacio. Tenemos cá señora
que quita la cabeza.
Los dos. Esto tenemos
ya lo oye usté,
pero dinero
pues no hay de qué.

—

Secundino. Tenemos cupletistas
que no enseñan las piernas.
Dalmacio. Tenemos dos conventos
y cinco ó seis tabernas.
Secundino. Tenemos un gran río
con más caudal que el Sena.
Dalmacio. Tenemos mucho gusto
en verla á usted tan buena.
Los dos. Esto tenemos, etc.

Hablado

Secundino. Ya habrá visto vuestra majestad que un poco más grandes ó un poco más chicos, todos somos unos.

Dalmacio. (Guardándose distraido la Reina en el bolsillo.) Bueno, pues ahora tú dirás lo que hacemos.

Secundino. ¿Pero qué hace usted?

Dalmacio. Lo que tú digas.

Secundino. ¡La Reina, hombre! ¡Que se la ha guardado usted en el bolsillo.

Dalmacio. ¡Ah!... ¡Distraidamente!... (La saca y se la da á Secundino.)

Secundino. (A la Reina) Perdone vuestra majestad... mi tío distraído con la conversación... y luego como no es muy inteligente...

Dalmacio. ¡Hombre, gracias!

Secundino. (A la Reina.) ¿Dónde va usted?... ¿A palacio? (La coloca en la carroza y dirigiéndose á las tropas dice:) ¡A palacio! ¡Deprisita!

(La orquesta ataca el número 14 bis. El ejército y la Reina se ponen de nuevo en marcha al compás del pasodoble.)

Dalmacio. Pero hombre, tú que has leído tanto... ¿cómo resolveríamos esto de la alimentación?

Secundino. ¡Qué sé yo!... ¡Quizá en alguna taberna!

Dalmacio. ¡Hombre, sí! Unas judías con tropezones no nos vendrían mal.

(En este momento las campanitas de las iglesias más próximas y otras lejanas, tocan á fuego con un repique general imitando en pequeño los toques de las grandes en casos análogos.)

Secundino. ¡Eh!... ¿oye usted? ¿Qué significa ese repique?

Dalmacio. Debe ser por la Reina.

(Empieza á invadir el foro un resplandor rojo.)

Secundino. No creo...

Dalmacio. ¿Y qué es aquello? (Mirando último término derecha.) Parece una vela.

Milagros. (Saliendo segunda derecha.) ¡Fuego! Está ardiendo aquella manzana.

Dalmacio. Anda leñe; yo creí que era un encendedor de esos prohibidos.

Secundino. (Al ver pasar un carro de servicio de incendios.) Mire usted los bomberos cómo corren.

Dalmacio. (Se pone mirando al fuego con las piernas un poco abiertas pero sin que se note que es forzado.) Y que el fuego se propaga de una manera terrible.

Milagros. ¡Pobres pequeños!

Dalmacio. Hombre por lo menos vamos á apagarles este barrio.

Secundino. ¿Cómo?

Dalmacio. ¿Qué cómo? Sopla tú por esa acera y yo por la otra.

(En este preciso momento pasan uno tras otro, por entre las piernas de Dalmacio, dos carros del servicio de incendios. La orquesta, ataca el número 15 y telón.)

MUTACIÓN

CUADRO NOVENO

La escena representa una habitación de una casa en el país de los gigantes. Enorme puerta en primer término derecha y gran ventana al foro por donde se divisa un gran jardín. Todo guarda proporción con el mobiliario, que es el siguiente. Una mesa enorme en el foro izquierda y dos sillas grandísimas, una foro derecha y otra en el centro de la habitación. Sobre la primera habrá un polichinela con el vientre abierto y un gran cortaplumas. Todos los demás detalles que la fantasía del pintor le sugiera y estén dentro del asunto.

ESCENA PRIMERA

SECUNDINO, sentado en la mesa; DALMACIO y MILAGROS en pie debajo de él

Secundino. (Muy apurado.) ¡Cójame usted que me caigo y me rompo el bautismo!

Milagros. ¿Pero quién te ha mandado subirte ahí?

Secundino. Si no he sido yo... si ha sido el gigante que al llegar aquí me sacó del bolsillo y me dejó sobre esta mesa.

Señor Dalmacio. Pues anda, déjate caer.

(Entre Dalmacio y Milagros acercan la silla del centro por la que baja Secundino ayudado por los otros.)

Secundino. ¡Caray con la mesita! Hay que subirse á ella con grúa.

Señor Dalmacio. Nosotros sí; pero ya te habrás fijado en la estatura de esta gentecita.

Secundino. ¡Qué contrastes tiene la Naturaleza!... ¡A poca distancia de los Liliputienses los Gigantes! Supongo que ahora no dudará usted.

Milagros. Lo que yo dudo es que volvamos á Madrid.

Señor Dalmacio. Llevas razón, porque siquiera en el país de los Liliputienses á patadas acabábamos con el ejército; pero lo que es aquí conque nos dejen caer el dedo gordo nada más en la cabeza no lo contamos.

Secundino. Hasta ahora no parece que tengan malas intenciones .. nos miran con curiosidad... nos creen unos juguetes articulados, pero nada más.

Señor Dalmacio. ¡Dios quiera que sigan así!

ESCENA II

DICHOS y TITÍ. Es un niño pequeño de los gigantes. A pesar de ser un niño de tres á cuatro años, su estatura, como es natural, excede bastante á la de Secundino y Dalmacio. Sale por la derecha cuando indique el diálogo, llevando un gran sonajero y vestido con delantalito y zapato bebé de charol, etc , etc. Antes de que salga se oye dentro un ruido estruendoso producido por el sonajero citado

Secundino. (Asustado.) ¡Demonio!

Señor Dalmacio. (Idem.) ¡San Antonio bendito!

Secundino. ¿Qué ruido será ese? (Aparece Tití agitando el sonajero. Secundino se tapa los oídos.) Nos rompe el tímpano.

Señor Dalmacio. Es un juguetito para andar por casa.

Tití. (Llorando.) ¡Yo *tero* mi Pierrot!

Secundino. ¡Angelito!

Señor Dalmacio. ¡Qué niño tan hermoso!

Tití. (Viéndoles.) ¡Ay!... estos son los juguetes nuevos que me ha *dicido* papá que me iba á traer. (1)

Secundino. (A Dalmacio.) ¿No lo dije? ¡Nos toma por polichinelas!

---

(1) Tití—Dalmacio—Secundino—Milagros.

Tití. (A Dalmacio.) ¡Qué feo es éste!

Señor Dalmacio. Favor que me haces, párvulo.

Tití. ¡Anda!... y hablan también.

Secundino. Y comemos.

Señor Dalmacio. Y bebemos.

Tití. Yo os daré de mi chicha.

Secundino. ¡Qué simpaticón!

Señor Dalmacio. ¿Tú eres hijo de los señores que nos han traido, eh?

Titi. Yo soy hijo de mi papá y me llamo Tití.

Secundino. ¡Tití!... ¡qué monada! ..-¡Ajito!

Tití. (Cogiendo el polichinela que está sobre la silla.) Mira... á este muñeco le he arrancao un fuelle que tenía que cuando le apretaba decía «papá»... ¿Vosotros decís también papá?

Secundino. ¡Claro!

Titi. ¿Y dónde tenéis el fuelle?

Señor Dalmacio. Detrás.

Tití. (A Dalmacio. Déjame, que voy á apretártelo.

Señor Dalmacio. (Huyendo.) A mí que me vas á apretar.

Tití. ¿Y no bailáis?

Secundino. Sí, pero para bailar necesitamos comer.

Tití. Entonces voy á traeros un huevo pasao por agua que me iba á tomar yo.

Señor Dalmacio. ¿Un huevo para los tres?

Tití. Luego os daré más de la despensa. (Mutis.)

Secundino. ¡Pobrecillo! ¡En medio de todo es buenazo!

Señor Dalmacio. Parece mentira que comiendo tan poco se críe así.

Tití. (Saliendo con un huevo en su huevera, una cucharilla y un panecillo, todo grandísimo.) Ahí va.

Señor Dalmacio. ¡Jesucristo, qué huevo!

Secundino. (Coge el huevo, Milagros la cucharilla y Dalmacio el panecillo. (1) Oye, rico; esto lo habrán pasao por agua en el Océano Atlántico.

Milagros. Pues fíjate en la cucharilla.

Señor Dalmacio. Hace *pandan* con el panecillo.

Tití. ¿No coméis?

Secundino. (Mirando el huevo.) Hambre tengo, pero á mí me da miedo cascar esto.

---

(1) Dalmacio—Tití—Secundino—Milagros.

Tití. Entonces cantar y bailar ó llamo á mi papá y...

Señor Dalmacio. No, vida mía, no molestes á tu padre.

Milagros. No va á haber más remedio que cantarle algo.

Señor Dalmacio. ¿Y qué le cantaremos?

Secundino. Cualquier cosa; aquello que tocaban los organillos cuando salimos de Madrid.

Señor Dalmacio. Pues vamos allá.

Música núm. 16

Secundino.

Hay muchas cosas
en nuestra España
que por lo visto
no tienen fin,
pero de todas
sin duda alguna
la más latosa.
es el garrotín.

—

Al levantarse y al acostarse
siempre lo mismo se oye tocar
y los cuartetos y los sextetos
nos largan el *Que te quieres apostár,*
que te quieres apostar.
Pero ahora una cupletista,
que por cierto ha gustado mucho,
ha puesto en Madrid de moda
la canción del cucurucho.

Tití. Si es bonita venga ya.

Secundino. Pues oído que allá va.

—

Tengo un cu cu,
tengo un cu cu,
tengo un cu cu,
tengo un cucuruchito,
lleno de bom,
lleno de bom,
lleno de bom,
lleno de bomboncitos.

Dalmacio.
Milagros. } (Repiten.)
Tití.

Secundino. Y como á mí los dulces
mamita mía,
me gustan mucho,
me paso todo el día
saca que saca
del cucurucho.
¡Ay, ven á casa moré...
moré, moré, moré, moré, morena,
para que endulce tu pe...
tu pe, tu pe, tu pe, tu pe, tu pena,
ay, ven á casa moru...
moru, moru, moru, moru, morucho,
que quiero enseñarte el cu...
cu, cu, cu, cu, cu, cu, cu, cu,
cu, cu, curucho!

Dalmacio.
Milagros. } (Repiten.)
Tití.

(Acabado el número bailan todos con el niño.)

Hablado

Tití. ¡Muy bonito! Ahora quiero veros el mecanismo.

Señor Dalmacio. La va á tomar con el fuelle otra vez.

Tití. (Cogiendo el cortaplumas.) Mirar, con este cortaplumas os voy á abrir por delante y os saco la máquina.

Señor Dalmacio. ¡A mi qué me va á sacar este zángano!

Secundino. Estamos aviados con las aficiones mécánicas del niño.

Milagros. ¿No ves que nos vas á estropear como á aquel Pierrot?

Tití. ¡Pues yo quiero, ea!

Señor Dalmacio. ¿Pero no comprendes que si me sacas la máquina y se te pierde una pieza me has inutilizado?

Tití. ¡Que quiero abriros, vaya!

Secundino. ¡Otro día, tontín. Mira, mañana...

Señor Dalmacio. Eso, nos abres por la mañana temprano.

Secundino. Que es la hora de abrir.

Milagros. Oye, Tití; ¿quieres que antes de abrirnos te cantemos otra canción muy bonita que sabemos los tres?

Tití. Yo *tero* abriros. (Llorando.)

Señor Dalmacio. No quiere música... quiere barriguita...

Milagros. Allá en la tierra nuestra se la cantan los muñecos grandes á los muñequitos para dormirlos.

Tití. (Medio convencido) ¿Y luego os abro?

Milagros. Sí, rico; en seguida.

Tití. Bueno. Pues sentarme en la silla para que la oiga. (A Secundino.) Anda, tú, ayúdame á subir, que yo solo no puedo porque soy pequeño.

Secundino. ¡Hombre .. el pequeño soy yo!...

Milagros. Calla, y vamos á subirle entre todos. (Le suben á empujones á la silla del centro.)

Secundino. (A Milagros.) ¿Pero qué intentas?

Milagros. Cantarle una Nana. Ayudarme vosotros y vamos á procurar que se duerma para escapar... se duerme muy fácilmente.

Señor Dalmacio. No es mala idea.

Secundino. Empieza.

Música núm. 17

Milagros. Nana.
Señor Dalmacio. Nana.
Secundino. Si no se duerme
nos da la mañana.
Los tres. Nana, na.
Duérmete, niño,
duérmete, rico.
Secundino. Duerme, monín.
Señor Dalmacio.
Duérmete, vida mía.
Secundino. Chiquirritín.
Señor Dalmacio. Ea.
Secundino. Ea.
Señor Dalmacio. Ea.
Secundino. Ea.
Milagros. Ya dobla la cabeza
poquito á poco.

Señor Dalmacio.
Duérmete, cabezota,
que viene el coco.
Milagros. Salgamos sin ruido
que al fin ya está dormido.
Los tres. Nanita, nana,
duérmete tú,
que si no duermes
te lleva el bú,
el bú, el bú.

(Durante el número, se ha quedado dormido el niño y ellos hacen mutis silenciosamente mientras va cayendo el telón. Durante la mutación la orquesta ataca el número 17 bis.)

MUTACION

CUADRO DÉCIMO

La escena representa un gran jardín en Kifir (Indostán). En el foro gran Pagoda y delante de ella el lago sagrado iluminado fantástimente. Todo el resto del escenario, jardín tropical espléndido y frondoso. Es de noche; la luz de la luna ilumina la escena. En primer término derecha una especie de trono.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece sentada en el trono la esposa del Gran Marajah rodeada de cuatro Esclavas. El GRAN MARAJAH NANÁ SIRKAR á su lado de pie, y al lado de éste SAMILKAR. CORO GENERAL de indios, fakires, etc., y en primer término izquierda MILAGROS, SECUNDINO y SEÑOR DALMACIO

Música núm. 18

Coro. Hoy arde en fiestas Kifir,
hoy celebra la ciudad
el catorce casamiento
de nuestro Gran Marajah.
Señoras. Que el dios de los dioses,
que Brahma inmortal
conceda larga vida
á nuestro Marajad.

Naná. Que canten los esclavos
canciones en mi honor,
canciones que pregonen
mis glorias y mi amor.

(Se adelanta el Esclavo y canta.)

Esclavo. Elegido de Shiva,
protegido de Vichmú,
sólo Brahma es poderoso,
y después de Brahma, tú.

Todos. Y después de Brahma, tú.

Esclavo. Que nunca en tu reino
se enciendan querellas,
que te haga mil veces
dichoso tu esposa,
y bajen del cielo
luceros y estrellas
y adornen su cuello
de nieve y de rosa,
guerrero del Oriente
que al sol robas su brillo
y tiran de tu carro
corceles amarillos.

Todos. Y tiran de tu carro
corceles amarillos.

Esclavo. Que el Dios de las victorias
y el Dios de los amores
te den como trofeo
sus armas y sus flores.

Todos. Sólo Brahma es poderoso.

Esclavo. Sólo Brahma es poderoso.

Todos. Y después de Brahma, tú.

Esclavo. Y después de Brahma, tú.

Naná. Tu canto me ha gustado
y para concluir
que los esclavos blancos
bailen ante mí.

Milagros.
Secundino. ¿Nosotros?
Dalmacio.

Naná. Sí, vosotros,
os quiero ver danzar.

Secundino. Aquí no hay más remedio.
Señor Dalmacio.
Pues vamos á bailar.

Milagros.
Dalmacio. } Allá va, allá va,
Secundino. } en honor de su real Marajah.

(Bailan los tres la matchicha.)

Todos. Anda ya, toma tú,
y que viva el Dios Vichmú.

(Grito prolongado de los indios.)

¡Oooh! ¡Oooh!

Hablado

Naná. Oyeme, pueblo. Antes de penetrar en la Pagoda para adornar al elefante blanco, quiero oir de tus labios que estás contento de mí. Si alguno de vosotros tiene cualquier gracia que pedirme...

Secundino. (Arrojándose á sus pies.) ¡Gran Marajah!... perdona que te interrumpa... nosotros quisiéramos pedirte una merced.

Señor Dalmacio. (Idem.) ¡No es cosa de dinero, gran Señor!

Secundino. (¡Cállese usted!)

Naná. Habla; ¿qué quieres, mísero esclavo?

Secundino. Señor. Nosotros somos europeos. Tenemos necesidad de volver á nuestro país...

Señor Dalmacio. A mí me está esperando en Valencia mi costilla...

Naná. Basta. Oradle al elefante y en consideración á mi casamiento os daré la libertad.

Secundino. (Con alegría.) ¡Oh, gracias!

Señor Dalmacio. Muchas gracias. (Se levantan.)

Samilkar. (Tipo indio; avanzando y prosternándose ante el Marajah.) Gran Marajah... perdona que me atreva á hablar, pero estos esclavos son míos. Me costaron á quinientos ticales cada uno. Mi intención al comprarlos era emplearlos en las faenas agrícolas, pero no he visto seres más inútiles para el trabajo. Perezosos, remolones, sobre todo el viejo...

Señor Dalmacio. Señor... abusaba de nosotros... á mí me enganchó á una noria... y eso no es agrícola... eso es hidráulico.

Naná. Calla. (A Samilkar.) Sigue tú.

Samilkar. Además me deben dos meses de manutención; ese más joven prometió devolverme el dinero si yo hacía porque llegase una carta suya al Occidente.

Tres cartas llevo entregadas á unos marinos que cruzan el Golfo de Bengala y aunque me consta que las entregaron á los navíos europeos, nadie contestó ni nada he recibido. Obra grande, como tuya, es devolverles la libertad, pero al menos que me paguen. Son cerca de tres mil ticales... casi toda mi fortuna. Gran Marajah... por tu catorce esposa te suplico que no me arruines.

Señor Dalmacio. Pido la palabra para rectificar.

Naná. Que calles, repito. Escucha, Samilkar, hoy es día de gracia. Haz tú también lo que puedas en favor de los esclavos.

Samilkar. Lo dejaré en dos mil ticales, señor, y conste que pierdo. ¡Hay que ver lo que come el viejo!

Señor Dalmacio. Es que á mí el aire del campo...

Naná. ¿No teneis dos mil ticales?...

Secundino. Ni uno, señor... lo puesto y gracias.

Naná. ¿Ni quien los dé por vosotros?

Señor Dalmacio. ¿Quién los va á dar?

ESCENA II

DICHOS, la SEÑÁ DARÍA y CORRALES, por segunda derecha

Señá Daría. (Saliendo y avanzando.) Yo.

Milagros. ¡Mi tía!
Secundino. ¡Su tía!
Señor Dalmacio. ¡La Daría! } (A la vez.)

Corrales. (Saliendo; al Marajah.) Se le saluda y se le distingue.

Naná. ¿De dónde sale esto?

Señá Daría. Oiga usted, Rajah; salgo de donde me da la gana y conmigo poco pitorreo, ¿estamos?

Secundino. (A Dalmacio.) (Esta nos da un día de luto.)

Señá Daría. Ahí van las dos mil pesetas en moneda española. (Se las da á Samilkar.)

Señor Dalmacio. ¿Por lo visto has recibido alguna de mis cartas?

Señá Daría. Las tres. Pero como el dinero del Monte estaba á tu nombre, hasta que pude arreglarlo y luego hasta encontrar un barco que viniese con este rumbo...

Señor Dalmacio. ¡Alma grande! Bueno, pero ¿cómo has hecho el viaje?

Señá Daría. Muy bien; si no hubiera sido por el disgusto aquel...

Señor Dalmacio. ¿Qué disgusto?

Corrales. ¡Ah, sí! el Capitán del barco, que se conoce que le gustó tu mujer y, chico, qué manera de acosarla y de...

Señor Dalmacio. ¿Sí, eh? Me gustaría conocer á ese capitancito para escupirle en la cara y darle dos morrás.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el CAPITÁN BOCANEGRA, que ha salido un momento antes

Corrales. Míralo; este es.

Señor Dalmacio. (Asombrado.) Bo... bo... ¡Pero usted no se ahogó!

Capitán. Afortunadamente; me recogió un pailebot inglés y ya hace tiempo mando un gran barco.

Señor Dalmacio. (Pues señor, á este tío me lo voy á encontrar en el Horno de la Mata.)

Capitán. Pues si han ultimado sus asuntos, en seguida voy á zarpar para Europa.

Señor Dalmacio. Sí, á España.

Señá Daría. Y en cuanto á estos sinvergüenzas... Supongo que os habreis casado.

Milagros. (Con rubor.) Todavía no.

Secundino. No hemos tenido tiempo; pero ahora en Madrid...

Señor Dalmacio. No tengais miedo; os caso y además pronto verás en los escaparates la primera edición de *Los Viajes de Gulliver*, por Secundino Higueruela.

Secundino. ¡Tío de mi alma!

Capitán. En marcha.

Señor Dalmacio. Adiós, Rajah. Rue del Horno de la Mata, cuarenta y uno. Espagne.

Esclavo. ¡Viva el Rajah!

Todos. ¡Viva!

Dalmacio.
Secundino.
Milagros. ¡Viva España!
Señá Daría.
Corrales.

(Ataca la orquesta el núm. 18 bis y telón.)

FIN DE LA OBRA

COUPLETS PARA REPETIR

Secundino. Tenemos grandes plazas
y calles con aceras.
Señor Dalmacio. Tenemos travesías,
tenemos correderas.
Secundino. Tenemos en toreo
lo clásico y lo serio.
Señor Dalmacio. Tenemos un Gallito
que vale ahora un imperio.
Los dos. Esto tenemos, etc.

—

Secundino. Tenemos un brillante
servicio de tranvías.
Señor Dalmacio. Que matan á unas cuantas
personas *tóos* los días.
Secundino. Tenemos una escuadra
terror de las naciones.
Señor Dalmacio. Tenemos ya señoras
con faldas-pantalones.
Los dos. Esto tenemos, etc.

—

Secundino. Nos hacen en la Puerta
del Sol un subterráneo
Señor Dalmacio. que sirve para casos
de apuro momentáneo;
Secundino. tenemos ya pedidos
de gente encopetada
Señor Dalmacio. que quiere inaugurarlo
con la primer... mirada.
Los dos. Esto tenemos, etc.

—

Secundino. Se visten las señoras
copiando á los varones,
Señor Dalmacio. y ya nos han quitado
levita y pantalones,
Secundino. los cuellos y los puños,
chalecos y justillos,
Señor Dalmacio. y acabarán quitándonos
también los calzoncillos.
Los dos. Esto tenemos, etc.

—

Secundino. Tenemos allí un cojo
metido á electorero,
Señor Dalmacio. que á *tóos* los candidatos
los saca de un puchero;
Secundino. mandaron de los pobres
hacer la recogida,
Señor Dalmacio. y yo no he visto nunca
más pobres en mi vida.
Los dos. Esto tenemos, etc.

—

Secundino. Tenemos ahora en marcha
la célebre Gran Vía.
Señor Dalmacio. Y se derriban cinco
ladrillos cada día.
Secundino. El precio del tabaco
es tan extraordinario,
Señor Dalmacio. que *tóos* los colilleros
son ahora millonarios.
Los dos. Esto tenemos, etc.

—

Secundino. Pepito Canalejas,
como es un buen cristiano,
Señor Dalmacio. está en un grave apuro
con lo del Vaticano.
Secundino. No quiere condenarse
ni quiere arrepentirse,
Señor Dalmacio. y sobre todo, el hombre
lo que no quiere es irse.
Los dos. Esto tenemos, etc.

—

Secundino. Tenemos á la venta
en todas las plazuelas
Señor Dalmacio. *pescao* con tos ferina
y cerdo con viruelas.
Secundino. Por eso allí á la compra
la gente un poco lista
Señor Dalmacio. no manda á la criada,
sino á un especialista.
Los dos. Esto tenemos, etc.

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, ídem id.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem id.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto.
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas.*
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La vírgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, ídem íd.
El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.

La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem íd.
El aire, ídem íd.
El rey del valor, ídem íd.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem íd.
La hostería del laurel, ídem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos y en prosa.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos y en prosa.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)
Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)
La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.
Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)
El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)
Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)
Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)
El Himeneo.—Monólogo en prosa.
Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)
Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)
El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa. (9)
El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)
Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)
La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (3) y (9)
Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)
La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)
La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. (9) y (11)
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (10)
El aire.—Juguete cómico-lírico en un acto, en prosa. (9)
Las cien doncellas.—Monólogo cómico en prosa.
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en dos actos, en prosa. (Refundición). (10)
La hostería del laurel.—Zarzuela en un acto, dividido en en tres cuadros, original y en prosa. (9)
Mayo florido.—Sainete lírico en un acto. (9)
El gran tacaño.—Comedia en tres actos y en prosa. (9)

Los hombres alegres.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (9)

Los perros de presa.—Viaje en cuatro actos, divididos en diez cuadros. (9)

El Paraíso.—Juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (9)

¡Mea culpa!, disgusto lírico, original y en prosa. (9)

Genio y figura.—Comedia en tres actos y en prosa, original. (1), (5) y (9)

La partida de la porra.—Sainete lírico en un acto, original y en prosa. (9)

La mar salada.—Comedia en dos actos y en prosa, original. (9)

La alegría de vivir.—Comedia en cuatro actos y en prosa. (9)

Los viajes de Gulliver.—Zarzuela cómica en tres actos. (9)

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Don Antonio Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.

Precio: DOS pesetas